

EL CABALLO  
ARTIFICIAL



ILUSTRADA

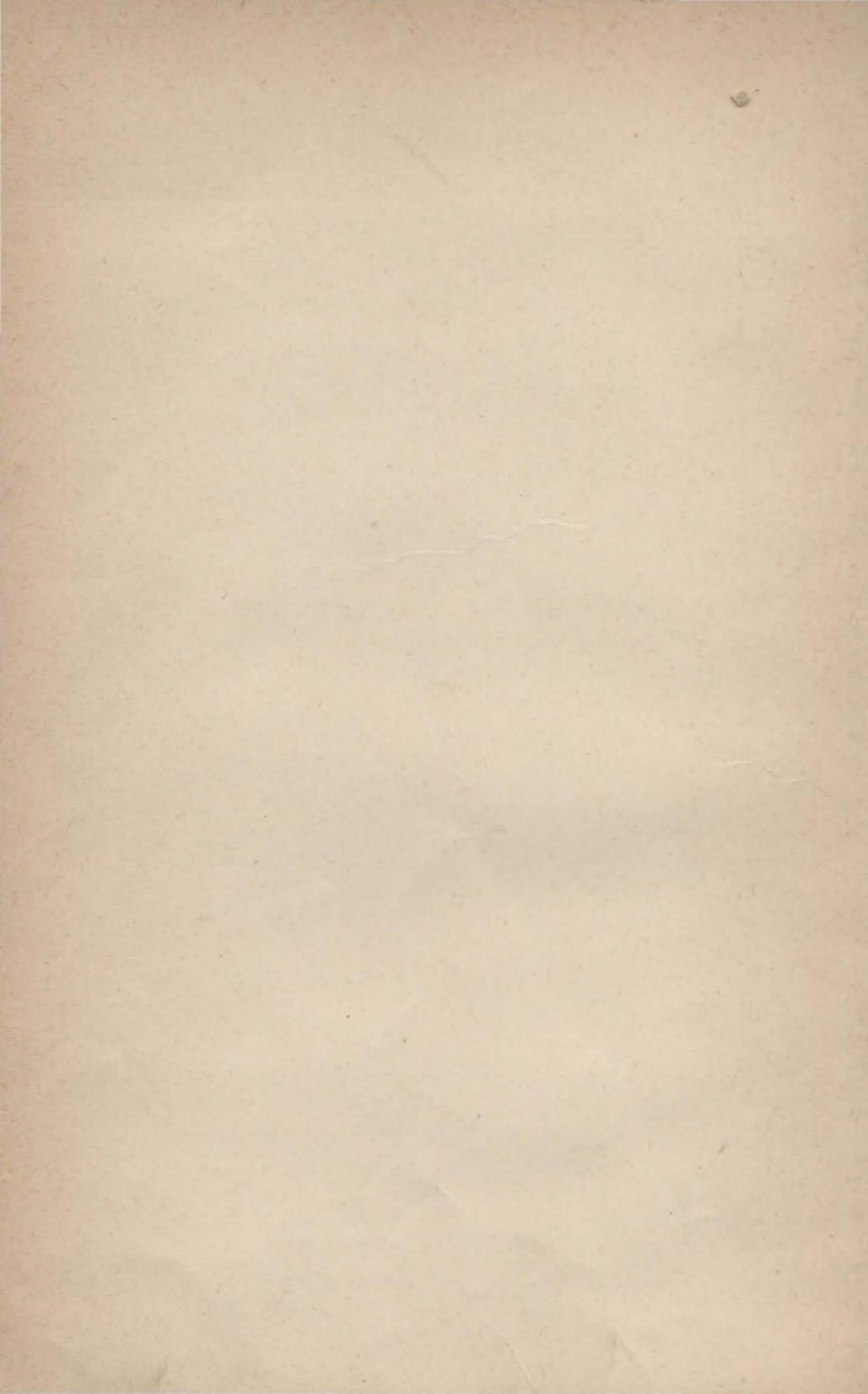
PARA NIÑOS



14



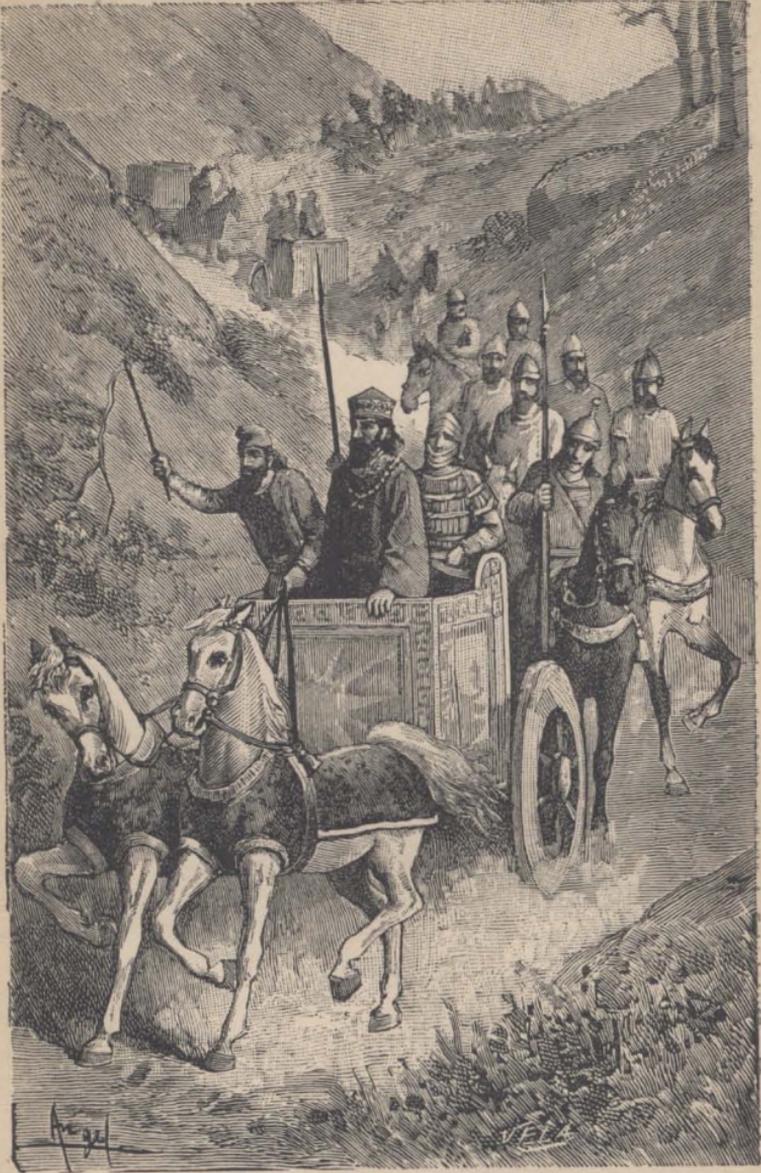




BIBLIOTECA ILUSTRADA

---

XIV



Celebraba el Rey dos grandes fiestas.

22575

ano 1932

2/1.80

BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

# EL CABALLO ARTIFICIAL

CUENTOS MORALES

ILUSTRADOS POR

M. ANGEL Y MÉNDEZ BRINCAS.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



MADRID

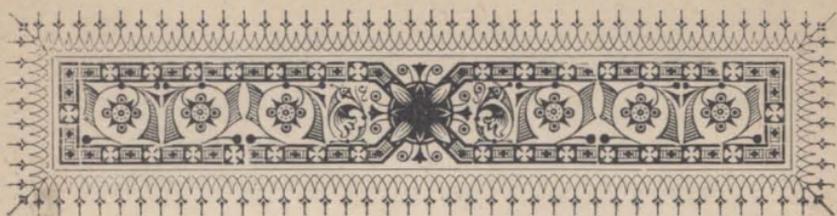
SATURNINO CALLEJA, EDITOR  
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

Casa fundada en 1876.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD



## EL CABALLO ARTIFICIAL.

---

En los tiempos de mayor grandeza del Imperio Romano regía la Persia un poderoso monarca llamado Sapor, que poseía inmensos territorios y reinos, resguardados con grandes ejércitos, y que derrotó más de una vez á las huestes de Roma. Era, además, muy afamado por su virtud esclarecida, que acompañaba á su grandeza y señorío, pues no sólo era profunda su sabiduría, sino extremada su sensibilidad; al par que su despejo y perspicacia, su mano era siempre dadivosa para los necesitados, y tremenda y ejecutiva con los perversos. Era el consuelo de toda desventura, y el amparo de los desvalidos y atropellados. Amá-

bale entrañablemente su familia; era cariñoso con los extraños, y no cabía que un querellante acudiese en balde á su equidad en demanda del justo desagravio. Tenía tres hijas y un hijo, completando esta dicha la de ser amado por todo un pueblo, con un cariño que rayaba en adoración.

Celebraba el Rey anualmente dos grandes fiestas; la del primer día de la primavera y la del primer día del otoño, que abarcaban con su júbilo hasta la última chocilla de la más pequeña aldea. Acudían cuantas gentes podían á las funciones, y durante más de un mes estaban llenos los caminos de viajeros, unos en carruajes, otros á caballo, y los demás á pie, que se dirigían á la capital, y el Rey, tanto por calles y plazas, en la misma ciudad, como por las llanuras cercanas, disponía lo necesario para que se alojase á tantísimo gentío.

Repartíanse al pueblo muchos millares de monedas de oro y plata, telas y mercancías costosísimas, y se rebajaban sus condenas á todos los encarcelados. Retirábanse los guardias y celadores del palacio y sus cercanías, y así andaba todo el mundo entrando y saliendo por salones y tránsitos magníficos, y luego por los jardines y aun por la tesorería y guardarropa, donde se ostentaban hacinadas asombrosas riquezas. Sentábase el Rey en el riquísimo salón de recepciones sobre un trono de oro, y el pueblo, desde la madrugada hasta la

noche, en redoblados grupos, acudía á saludarle y le deseaba mil prosperidades. El que podía ofrecía al monarca algún regalo, ya de joyas, ya de artefactos, ó bien alguna flor de extraordinaria hermosura, ú otro primor semejante. Todo lo iba tomando el Rey, hasta lo más insignificante con afecto y bondad; pero se complacía, particularmente, con algún invento nuevo ó alguna obra de ingenio, mostrándose amantísimo de las Bellas Artes y de la Industria.

En una de aquellas grandes festividades llegaron á la corte de Sapor tres sabios asombrosos, procedentes de diversos países y que hablaban diferentes idiomas, siendo el uno indio, el otro griego y el tercero persa.

El indio estaba en su lozanía, y era gallardo y valeroso, descollando entre todos por su bizarría. Llevaba un traje elegantísimo, y mostraba en todos sus ademanes gran soltura.

Alguna más edad tenía el griego, y parecía aun más inteligente, manifestando en su facciones nobleza y talento.

En cambio el persa era odiosísimo, aunque parecía el más sabio de todos. Reflejaba en su espantoso rostro la odiosidad de su alma, y llevaba un traje verdaderamente lúgubre; ostentaba un turbante negro y empinado, afianzado con varios cordones á la cabeza; luego un sayo obscuro y larguí-

simo, y tenía un bastón de hechicero en la mano, de modo que no podía ser más repulsivo su conjunto.

El primero que se adelantó ante el trono fué el indio, que entregó al Rey un presente verdaderamente extraño. Era una estatua pequeñita, de oro, adornada con pedrería costosísima, y que tenía una trompa, también de oro, en la mano. Prorrumpieron todos los circunstantes en exclamaciones de asombro por tantísimo primor y magnificencia, y el mismo Rey, despues de haber examinado detenidamente el regalo, dijo al indio:

—Ingenioso artífice, por muy linda que sea la estatua no alcanzo con qué objeto la has fabricado, pues hermosura sin utilidad viene á ser capricho sin importancia.

—Altísimo Rey y señor—contestó el indio;— tiene la estatuíta que ve una virtud, que ahorra miles de soldados y guardias, y con su posesión queda más afianzada la vida que en medio de un gran ejército, pues este hombrecillo de oro apunta el peligro más lejano antes que nadie lo sospeche. Hace todavía más primores, pues evita y destruye el peligro antes que el malvado lleve su propósito á la práctica.

Al oir estas palabras se miraron mutuamente los palaciegos, luego al Rey, después al sabio, y se sonrieron é hicieron señas, como si dijeran:

—Este charlatán no sabe lo que se dice.

El Rey se detuvo, y después de meditar un rato preguntó al artista cómo cabía tan maravillosa propiedad en una cosa tan pequeña.

—Señor—contestó el indio sonriéndose y mirando en derredor—la estatua es para vos un compendio de infinitas virtudes, pues en asomando un espía por vuestra capital, ó si se conspira en cualquier parte contra vuestra vida, suena la trompa de oro que en la mano lleva, y su eco retumba en el corazón del malvado, y lo extremece aun cuando esté á una legua de aquí, ó en un punto aun más lejano; de modo que empieza á temblar, siente un ardor y una angustia insufribles, y acaba por morir entre grandes tormentos.

Palidecieron al escuchar estas palabras los palaciegos, y como les preguntase el indio sonriendo si querían experimentarlo, se excusaron á fuer de leales cortesanos, protestando que les era imposible, aun cuando quisieran, dar cabida en sus pechos al menor impulso que no redundase en ventaja de su soberano. Asombrado el Rey con las palabras del indio, le dijo entonces:

—Aunque espero de la bondad de Dios que no he de oír el eco de la trompa, no dejo de admitir el regalo, y como no acierto con qué pueda corresponderte, te doy mi palabra real de otorgarte cuanto me pidieres.

Paróse el indio á reflexionar, y antes que pudiese contestar se adelantó entre los concurrentes el sabio griego, se echó á los pies del monarca y le alargó una bandeja primorosamente labrada, en la cual un pavo real estaba cercado de veinticuatro pavitos. Las plumas de estas aves eran de oro, finísimamente hilado, salpicadas de diamantes y de otras piedras de gran valor, y los ojos del plumaje de la cola estaban imitados con perlas hermosísimas. Esta admirable imitación de la naturaleza causó al Rey tanto asombro como la estatua, y después de haber contemplado grandísimo rato aquella preciosidad, preguntó al artista cuál era el objeto de aquella obra maestra del arte, cuya sola ejecución requería casi la vida de un hombre.

—Poderoso señor—dijo entonces el griego— aun cuando la edad de un hombre llegase á los doscientos años, no se sacrificaría en balde para el logro de esta empresa, que por medio de estas aves nos está retratando el vuelo de nuestra vida, y nos recuerda la necesidad de que la utilicemos. Este pavo, en cada hora que pase, se ha de tragar uno de sus polluelos, y así nos manifiesta la duración de un día. Cuando los haya tragado á todos no hay más que apretar esos nudos que forman los diamantes, y al punto vuelven á salir. Al vencer sus veinticuatro horas cada cual tiene que abrir su

pico y mostrar allí la luna con la misma fase que aquel día ostenta en el cielo.

Después de oír esta explicación del griego, le dijo el monarca:

—El hombre, aunque es mortal y de corta duración, puede hacer obras que perpetúen su memoria. Este artefacto—añadió—¡oh, sabio artífice! es un don que no acierto á recompensar dignamente; dime, pues, lo que deseas y quedarás colmadamente satisfecho.

Mientras estaba el griego meditando cuál había de ser su petición se adelantó el sabio persa, y doblégándose hasta el suelo presentó al rey un caballo con alas de oro.

Admiración general causó el primor y la hermosura del caballo, que estaba cuajado todo de perlas y pedrería y enjaezado ricamente con ostentosa silla, riendas y estribos. Al irlo tocando y descubriendo los palaciegos se hicieron cargo de que no era natural, sino fabricado de ébano; no pudieron menos de prorrumpir en una aclamación de asombro y complacencia. Entonces el monarca les dijo:

—¡Insensatos, un trozo de madera os admira más que la obra de la naturaleza, y la obra de un hombre os arrebatá más que la del Supremo Hacedor! Os digo que el ínfimo caballo de carreta del más pobre campesino vale mucho más que el

ostentoso é inservible que se reduce á un trozo de madera primorosamente labrada.

Entonces tomó el hombre viejo persa la palabra, y dijo:

—Aunque no me atrevo á competir en maestría con los otros dos inventores que están presentes, no por esto deja mi caballo de tener propiedades muy superiores á las de todos los caballos naturales. La estatua de oro del sabio indio te escuda la vida; el pavo que te ofrece el artista griego te advierte que no la dejes pasar infructuosamente; pero mi caballo te proporciona el medio de ahorrar tiempo y de ejecutar en un día lo que otro no podría hacer en un año. Este caballo de madera te traslada en un día á donde otro no podría llegar en un año, pues vuela por los aires con más rapidez que un águila. No hay mar tan dilatado y tempestuoso, no hay cumbre tan elevada é inaccesible que no puedas remontar fácilmente con este caballo. Puedo hacer la prueba cuando gustes. Manda, pues, señor, y me remonto á tu vista por los aires, y atravieso las nubes con más rapidez que ninguno de tus alazanes por la mejor carretera.

Es difícil dar una idea del asombro del monarca ante la coincidencia de aquellos tres prodigios, reunidos en un solo día; así, lleno de satisfacción, dijo al persa:

—Si es cierto lo que me dices y cumples tu pa-



Se remontó con increíble velocidad,  
EL CABALLO ARTIFICIAL.

*gato*



labra, desde luego te concedo la petición que quieras hacerme, por grande que sea, y dirigiéndose á los demás, añadió: Os espero, sin falta, mañana, sabios é ingeniosos varones, y deseo que me mostréis el mecanismo de vuestros asombrosos inventos y me pidáis por ellos cuanto se atreva á idear vuestra imaginación.

No faltaron los tres inventores al otro día á palacio, donde el Rey, con todos sus cortesanos, los esperaba sobre una espaciosa azotea. Después que el indio y el griego sacaron sus artefactos y los pusieron en movimiento, afianzó el viejo persa un pie en el estribo del caballo, montó y preguntó al rey si quería que procediese al cumplimiento de su palabra. Hizo el Rey un ademán afirmativo, y el persa, después de afianzar un lazo al cuello del caballo, se remontó en éste con increíble velocidad. Enmudeció la corte toda de asombro viendo elevarse al jinete, que apareció al pronto del tamaño de un águila, después de una paloma, y por último de un mosquito, hasta que desapareció en el cielo. Al poco rato apareció nuevamente, y bajando hasta la altura de la techumbre estuvo haciendo giros y primores sobre el palacio; trajo de la cima de una palmera altísima una rama, y apeándose de nuevo en la azotea la depositó á los pies del Rey.

Estaba el monarca fuera de sí de asombro y de gozo al ver tal portento, y dijo á los sabios:

Habéis cumplido vuestra palabra y salido airoso de vuestros compromisos; ahora me corresponde el cumplir yo mi promesa. Pedid cuanto queráis y será vuestro.

Los inventores habían conferenciado el día antes sobre cuáles habían de ser sus respectivas peticiones al Rey. El indio tenía intención de pedir un gobierno; el griego cien camellos cargados de mercancías; pero el persa les escuchó sonriendo, y les dijo:

Del gobierno puede destituírnos el Rey cuando le plazca; del dinero y mercancías pueden despojarnos los salteadores; hemos de evitar uno y otro peligro, y afianzar nuestra recompensa por un medio que tengo ideado y os voy á participar. El Rey tiene tres hijas á cuál más hermosas; pidamoslas en matrimonio; entonces tendremos gobiernos y dineros de sobra, sin la contingencia del menor peligro. Yo escojo la menor de las princesas, y vosotros podéis escoger entre las otras dos.

Meditaron un rato el indio y el griego, y por fin aceptaron la proposición de su compañero.

Así es que el persa contestó al monarca:

—Puesto que el Rey, nuestro señor, acepta nuestros regalos y nos permite pedirle una merced, nosotros, confiados en que el Rey no ha de quebrantar su palabra, solicitamos que nos dé sus tres hijas en matrimonio, pues ningún honor puede

igualarse al de ser yernos de tan ilustre soberano.

Frunció el Rey las cejas al oír petición tan osada; mas luego, reponiéndose, dijo:

—Tengo que cumplir mi palabra real, y estoy pronto á hacerlo.

Dicho esto, mandó llamar al notario para que extendiera los contratos matrimoniales.

Habían estado las princesas oyendo esta conversación detrás de una cortina, y al conocer el desenlace de aquel asunto, se volvieron á mirar á sus novios. No llevaron á mal las dos mayores su suerte, pues así el indio como el griego eran de buena presencia, y no habían llegado aún á la edad madura; pero la menor, al contemplar al horrible persa, se estremeció viendo las arrugas, canas y aspecto horrible de su futuro esposo, que estaba calvo de cabeza, barba y cejas, y representaba cien años: tenía los párpados encendidos y los ojos amarillentos; sus mejillas estaban descarnadas y tan hundidas, que parecía que se le estaban viendo los huesos; su nariz parecía una berengena, y no tenía sino dos dientes grandes, negros y movibles; sus labios eran azulados y colgantes, como el bezo de un camello, y toda su piel estaba arrugada y era de color ceniciento. En suma, aquel hombre era un portento de odiosidad, un verdadero espantajo, capaz de ahuyentar á las aves de sus nidos.

Era triste cosa que semejante monstruo fuera á

ser esposo de aquella niña tan preciosa, más vivaracha que una ardilla, más halagüeña que el perfume de las flores, y rival de la luna en esplendor y hermosura apacible; tenía la esbeltez de la palmera, y no había cierva que la ganase en agilidad y soltura. También eran hermosas sus hermanas; pero su belleza palidecía en su presencia como la luz de la luna ante la del sol.

Al ver la princesita la espantosa fealdad de su novio, huyó llorando á su cuarto, prorrumpió en sollozos y lamentos, y se lastimó el pecho y el rostro. Su hermano, que la amaba en extremo, y más que á las otras, regresó en aquel momento de una cacería. Al ver que se lamentaba de aquel modo, la preguntó la causa de tan gran quebranto. La joven estuvo sollozando largo rato, hasta que al fin, cediendo á tan entrañables instancias, dijo:

—¡Ay, hermano mío! ¡No sé qué culpa he cometido para que mi padre quiera hacerme la más desgraciada de las mujeres del mundo! ¡Triste suerte la mía!

No comprendía el hermano la razón de aquellas quejas lastimeras, y así trató de sosegarla, instándola á que se explicase con más claridad.

—Sabe, hermano mío—le dijo—que mi padre me tiene prometida en matrimonio á un brujo que le ha regalado un caballo negro de madera, y lo ha embaucado con sus hechicerías. Se me hace

bicrto júbilo;— no alcanza á tanto mi arte, y no es culpa mía si no vuelve á ver más á su hijo. Por altanería y presunción no quiso preguntarme de qué modo manejaría el caballo para traerlo aquí de nuevo, y tampoco me acordé de advertírsele en aquel momento.

Enardecióse el Rey de cólera ante tal contestación, y mandó encarcelar al viejo persa, jurando que le quitaría la vida si en el plazo de dos semanas no volvía su hijo. Después de lo cual se entregó á los mayores extremos de dolor.

Cerráronse las puertas del palacio y cesaron las fiestas, pues no tan sólo el Rey, sino también la Reina y sus hijas, se mostraban traspasados de pena, como igualmente el pueblo todo por la desgracia ocurrida al joven príncipe, que era muy querido.

Mientras así se entregaban todos á manifestaciones de dolor, veamos lo que había sido del príncipe.

Arrebatado rapidísimamente por los aires, pues ya la tierra había desaparecido á su vista, se encontró bien pronto cansado, y creyó cercana su muerte. Mas como eran grandes su valor é intrepidez, trató de reanimarse, y anduvo registrando el caballo repetidas veces, diciendo para sí:

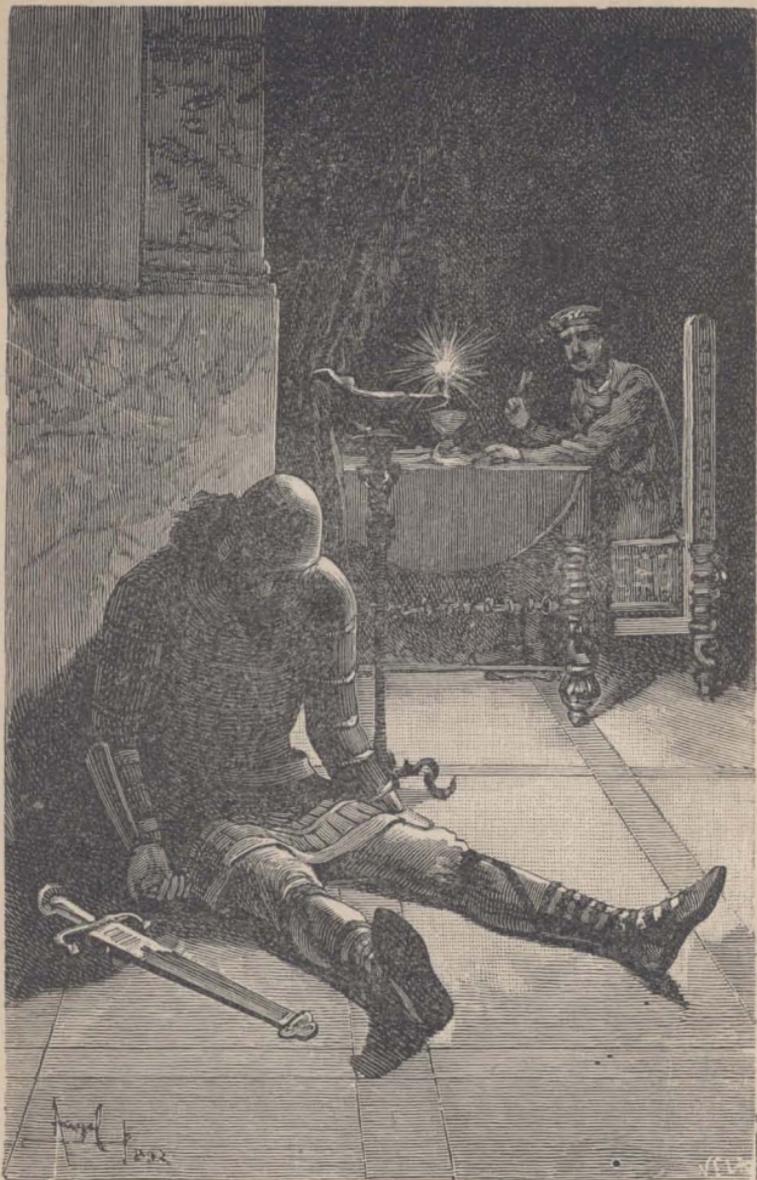
- Ya que voy á morir, debo antes intentarlo todo para salvarme. No puede menos de tener esta extraña máquina algún secreto para encaminarla de nuevo á la tierra.

Estuvo tanteando el caballo en todos sentidos, y por fin halló al lado izquierdo del lomo un segundo tornillo muy pequeño, y lo fué aflojando. Entonces advirtió que el caballo moderaba la velocidad de su vuelo y se iba inclinando á la tierra; descubrió luego con sumo regocijo el mar y las cumbres iluminadas por el sol; acercóse más y más á la tierra, y se encaminó á ella; pero le era desconocido el país donde trataba de apearse. Anocheceía ya cuando divisó un castillo elevado y ostentoso en medio de una llanura de espléndida vegetación, por la que corrían arroyuelos plateados, susurrantes, y que estaba matizada de hermosísimas flores. Vió á poca distancia una grandiosa ciudad con fuertísima ciudadela, y al otro lado de la ciudad un alcázar alto y grandísimo, en cuyas almenas se veían ochenta guerreros armados con lanzas, arcos y espadas.

Después de meditar breves momentos, se dijo el príncipe:

—¡ Si al menos supiese en qué país me hallo! Pero ya es de noche y no tengo albergue.

Después de algunas vacilaciones, resolvió apear-se en la azotea del alcázar para pasar la noche, darse á conocer desde luego á sus habitantes, é implorar su amparo. Llevó á cabo su proyecto; y hambriento y sediento, logró apear-se. Procuró, en cuanto lo permitía la obscuridad de la noche, darse



Estaba durmiendo un esclavo gigante.



cuenta del sitio en que estaba, hasta que por fin halló una escalera que conducía al interior del palacio. Silenciosa y pausadamente fué bajando por ella, y llegó á un pasadizo anchuroso, con pavimento de mármol blanco, é iluminado por la luna. No tardó en ver una luz que resplandecía en una habitación próxima. Adelantóse; llegó á una puerta ante la cual estaba durmiendo un esclavo gigantesco, alto como un árbol y ancho como un colchón; á su lado ardía una luz, y cerca de su mano tenía una espada larguísima. Cerca de aquel sitio había una mesa cubierta con exquisitos manjares; hallazgo harto precioso para el príncipe, que estaba hambriento.

Cualquiera otro se habría asustado ante el aspecto de aquel gigante, y el mismo príncipe estuvo indeciso entre retroceder y seguir; mas cobró animo, y dijo:

—Imploro el auxilio de Dios. Tú, Señor, que me has librado ya de un peligro más grave, concédeme tu ayuda para terminar felizmente mi empresa.

Dicho esto se sentó á la mesa, y fué tomando manjares hasta satisfacer su apetito y su sed. Después de comer se encaminó por otras habitaciones sin saber lo que le deparaba la suerte, no sin haber tomado antes el alfanje del esclavo dormido. Al fin percibió una luz que resplandecía en una

puerta que estaba tapada con una cortina oscura y espesa. Acercóse á ella, la levantó, penetró en el aposento y allí se le ofreció un espectáculo admirable. Alzábase en medio de la estancia un trono de marfil, tachonado de perlas y rubíes, á cuyo pie estaban durmiendo cuatro lindísimas esclavas, lozanas como frescas rosas. Aproximóse cuidadosamente al mismo sólio para ver quién lo ocupaba, y vió una beldad dormida y tan hermosa como la misma luna. Extendíase su negra y larguísima cabellera por sus hombros nevados hasta los ricos almohadones donde descansaba, y su belleza era tal, que el príncipe quedó absorto.

—Nunca concebí— pensaba— tal hermosura y embeleso, tanto primor y encanto.

En efecto; era tan irresistible el atractivo de la dama dormida, que inspiró amor ardiente en el corazón del príncipe, quien olvidó ya su peligro y la misma muerte. Acercóse trémulo y palpitante, y sin saber lo que hacía empezó á dirigirla cariñosas palabras. Despertó entonces la hermosa joven; abrió sus ojos, cuya mirada parecía el destello de algún lucero, y los fijó en el príncipe, al que preguntó:

—¿Quién eres tú, joven, y cómo has venido?

—Hermosísima princesa—contestó él doblando una rodilla ante ella;— soy tu esclavo, y tuya es mi vida.



Soy tu esclavo y tuya es mi vida.

EL CABALLO ARTIFICIAL.

3



—¿Cómo has venido aquí? — preguntó ella de nuevo, toda ruborizada, mas sin dar muestras de enojo.—¿Quién te ha conducido á este palacio?

—Dios y mi destino—respondió el príncipe.

La princesa, que estaba prometida en matrimonio á uno de los príncipes vecinos, creyó que aquel joven era su novio, á quien aun no había visto, y por lo tanto, le preguntó:

—¿Eres acaso el galán que se me destina en matrimonio?

—Sin duda — le contesta impensadamente el príncipe; — soy el mismo.

Con esto la princesa desechó toda desconfianza, y como la agradaba la gallardía del príncipe, le invitó á que se sentara á su lado junto al trono, y entablaron afectuosa conversación, en la que ambos quedaron enamorados; más, por desgracia, se despertaron las esclavas. Al ver éstas al príncipe sentado junto á su señora, se asombraron; apenas podían dar crédito á sus ojos, y preguntaron:

—¿Quién es, señora nuestra, ese joven que está hablando contigo?

—No lo sé—contestó la princesa sobrecogida;— se me apareció aquí hace un rato, con lo cual me desperté. Sin duda es mi novio; pero ¿cómo ha podido atreverse á venir á nuestro palacio?

—¡Ay, señora! — dijeron las esclavas; — no puede vuestro novio, por ningún título, rivalizar

en gallardía con ese joven. Es necesario que salga de aquí en seguida.

Dicho esto, se levantaron apresuradamente y desaparecieron antes que la princesa las pudiese detener, y despertando al gigantesco esclavo, le gritaron:

—¡ Buen modo tienes de guardar el castillo! Dejas á los extraños que entren aquí mientras tú estás durmiendo.

Oyendo esto el esclavo, se levantó despavorido y acudió á empuñar el alfanje, pero lo echó de menos; llegó confuso y angustiado al aposento de su señora, y al ver al príncipe sentado al lado de la princesa, se fué hacia él lleno de ira y desesperación, gritando:

—¿ Quién te ha traído aquí, malvado, salteador? Pagarás tu atrevimiento con tu vida.

Al escuchar tales insolencias y amenazas, se encolerizó el príncipe de tal modo, que se arrojó, alfanje en mano, sobre el esclavo, que, evitando el golpe, huyó dando gritos espantosos, y dirigiéndose al dormitorio del Rey. La guardia, con los palaciegos de servicio, le impusieron silencio, advirtiéndole que el rey estaba durmiendo, y que nadie ~~de~~ peligro de su vida, podía turbarle el sueño. Pero el esclavo seguía gritando más y más, diciendo:

—Llevadme ante el Rey; su decoro y su vida peligran, pues hay salteadores en el alcázar.

Con aquel estrépito despertó sobresaltado el Rey, y llamó al oficial mayor para que le enterase de la causa de aquel alboroto. Cuando supo que el esclavo de la princesa había estado voceando, que había salteadores en el alcázar, se levantó alarmando el Rey, empuñó su sable, y dirigiéndose al esclavo, le dijo:

—¿Qué gritos son esos, malvado? ¿Cómo te atreves á alborotar de ese modo?

—Respetable señor—contestó el esclavo—me había quedado dormido un momento ante la puerta de la cámara de la princesa, cuando al despertarme he visto á un joven de aspecto arrogante y gentil, sentado junto á mi señora, y que me había arrebatado mi sable. Por esto me he creído en el caso de ponerlo en conocimiento de vuestra majestad.

Al oír esto el Rey, se dirigió apresuradamente hacia la habitación de la princesa, para cerciorarse de tan grave acontecimiento. Penetró en la estancia y al ver al joven príncipe conversando familiarmente con la princesa, se dejó llevar de la ira, esgrimió el alfanje, y se abalanzó al príncipe en ademán de cortarle la cabeza. Entonces el príncipe se levantó, detuvo el golpe con su sable, y dijo al Rey:

—No me parece este un procedimiento muy cortés para recibir á los forasteros. Detén tus ímpetus y hablemos como personas razonables, pues de

otra suerte me pondrás en el caso de defenderme, y quizá tengas que sentirlo.

El Rey, impresionado á su pesar por la prudencia y firmeza del príncipe, bajó el sable y le dijo:

—¿Quién eres tú, joven atrevido, y cuál es tu linaje, que te atreves á hablarme como de igual á igual, y á penetrar en la estancia de mi hija, y venir á sorprenderla? ¿Ignoras, desgraciado, que soy uno de los más poderosos monarcas de la tierra? ¿No comprendes que tu comportamiento merece la muerte?

—Señor—dijo el príncipe;—reconozco el derecho que te asiste y comprendo que encuentras desusada y poco correcta mi presentación; pero antes de juzgarme tan severamente, bueno es que nos expliquemos. Aun cuando estuviese en tu mano el avasallarme y darme muerte, ¿qué ganarías con ello? Perderías más bien; pues las gentes, exagerando y falseando los hechos dirían que habías sorprendido á tu hija con un amante, y nadie te respetaría, pues caerían sobre tí el escarnio y la afrenta: Dios nos ve y nos juzga, y te castigará si tratas de hacerme daño y ofender mi pundonor. Bueno es, mientras tanto, que sepas que tu hija no descendería en lo más mínimo en categoría si se hiciese mi esposa; pues si es princesa, yo también soy príncipe y heredero rey de Persia.

Fácilmente se comprende que cambiaría el ros-

tro del monarca al oír estas razones; así es que cambiando de tono, le dijo con más comedimento:

—¿Pues cómo, si eres un príncipe de tan ilustre dinastía te has atrevido á entrar así en el palacio de mi hija, en vez de presentarte á mí antes, como lo ordena el decoro?

El príncipe, en vista de la desconfianza del Rey, no creyó oportuno referirle entonces su aventura y el misterio del caballo, y así le contestó:

—No es esta ocasión de referirte la extraña aventura que aquí me ha traído y en que nada hay oficioso para tu hija ni para mí. Me limitaré por ahora á hacerte una proposición que te mostrará quién soy y hasta dónde llega mi poder. Reune todas tus tropas y dirígelas contra mí, en la inteligencia de que si logran avasallarme, me reconozco tu esclavo y puedes disponer de mí á tu arbitrio.

Lleno de curiosidad el Rey, no dudó en aceptar tan extraño reto.

Al amanecer del siguiente día reunió un regimiento de sus tropas en una llanura que se extendía junto al palacio, y mandó que condujesen al príncipe, á quien tenía custodiado en un aposento, y que le diesen un caballo y las armas que pidiera. Mas el príncipe rechazó el caballo, y dijo:

—Gran Rey, deseo cabalgar en el mismo corcel que traje; y así, ten la bondad de mandar que me

lo bajen de la azotea donde está descansando de las fatigas del viaje.

Asombróse el Rey al ver que efectivamente estaba el caballo sobre la azotea más alta; pero creyó que era justo que se lo entregasen.

Montó en él el príncipe, y con ademán arrogante hizo seña al Rey para que mandase á sus tropas empeñar la refriega. Lo cercaron y acorralaron, en efecto, por todas partes para aprisionarlo ó matarlo. El príncipe los dejó llegar á pocos pasos de él, templó el tornillo del costado derecho de su mágico caballo, y se remontó repentinamente por los aires con la velocidad de una flecha. Tan espesa era la polvareda, que ni los ginetes ni el Rey vieron por el pronto aquel vuelo, de modo que el Rey gritaba:

—Cogédmele sin hacerle daño, y traedle atado á mis plantas.

Acelerábanse los soldados, corrían de un lado á otro, dando voces y alaridos, y nadie sabía el paradero del príncipe. De pronto exclamaron algunos de ellos:

—¡Oh gran Rey! ¿Cómo hemos de apresar á ese guerrero? Sin duda es el mismo demonio, ó algún duende. ¡Demos gracias al Señor, que nos ha librado de su presencia!

Alzó los ojos el Rey, y con la admiración que puede suponerse, vió al príncipe remontando más

y más su vuelo por las nubes. Alzó las manos atónito, y mostró á sus cortesanos aquel prodigio.

Nadie se atrevió á proferir una palabra sobre tan extraño acontecimiento, y todos volvieron asombrados al palacio. Pasó el Rey á la habitación de su hija, y la encontró bañada en lágrimas, rogando al cielo que librase al príncipe, de quien ya se sentía enamorada. Al contarla el Rey su padre lo ocurrido, la princesa se sonrió de gozo, con lo que el padre comprendió lo que pasaba en el corazón de su hija. Él mismo se sentía impresionado por la gallardía y nobleza del mancebo: pero no dejaba de estar ofendido por su comportamiento, pues no comprendía su extraña conducta. Así, pues, hizo las convenientes reflexiones á su hija, y se volvió á su palacio: mas al verse sola la princesa soltó la rienda á sus lágrimas y lamentos y se olvidó de todo, para no pensar más que en el príncipe.

Mientras tanto, el afortunado joven vagaba por los aires, y dirigiendo con habilidad su extraña cabalgadura, llegó al territorio de su padre. Se apeó en la azotea del palacio, y al bajar por la escalera, vió ceniza ante el umbral del palacio, de donde infirió que había algún difunto en su familia: lleno de sobresalto se apresuró á penetrar en el interior, para enterarse del motivo de aquel duelo, y encontró á sus padres y hermanas pálidos, melancólicos y vestidos de luto.

El padre fué el primero en verle, y sintió tal júbilo, que cayó desmayado dando un grito de sorpresa y alegría; y, pasados algunos momentos, volvió en sí y cayó en brazos de su hijo, derramando copioso llanto. La Reina y las princesas, que sumidas en su fristeza nada habían visto ni oído, acudieron presurosas al oír las exclamaciones del Rey y fué inmensa su satisfacción al verle abrazado con su hijo, á quien ya lloraban por muerto. Lanzáronse á él, lo abrazaron y besaron, y volvió á renacer otra vez la alegría en sus corazones. Al preguntarle lo que le había acontecido, les refirió todas sus aventuras.

Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, y todo fué en ella júbilo y regocijo. Sonaron los clarines y timbales, y arrojando las ropas de luto pusiéronse sus mejores galas. Encendieron luminarias, tendieron en los balcones los más ricos tapices, y acudió la multitud á participar de la alegría de la real familia. Ordenó el Rey que se reanudaran las suspendidas fiestas, indultó á los presos, y durante siete días convirtiéronse las plazas en fondas, en las que todos comían y bebían cuanto les acomodaba sin pagar el gasto. Salió á pasear por las calles el Rey acompañado de su hijo, para que todos lo vieran. Terminaron las fiestas, y vuelto el vecindario á sus ordinarias faenas, celebró el feliz regreso de su hijo con algunas reuniones, á las que



Una esclava que tañía el laud con mucho arte.



solo asistían los individuos de las familias. En una de estas ordenó el Rey á una esclava que tañía el laud con mucho arte, que cantara una de las muchas piezas que sabía.

La canción de la esclava recordó al príncipe al objeto de su amor, y el desconsuelo se apoderó de su alma. Suponiendo, con razón, que su padre le negaría el necesario permiso para ausentarse, salió sin que nadie lo advirtiera, montó en el caballo de madera, y emprendió el viaje aéreo hasta el palacio de la princesa. Se apeó según lo había hecho la vez anterior en el terrado; bajó por la escalera, donde encontró dormido al esclavo. Llegó al dormitorio de la princesa, deteniéndose un instante ante el tapiz que cubría su puerta. Levantó éste un poquito y vió á la princesa, recostada en su trono, despierta y anegada en lágrimas. La princesa despertó á sus doncellas. Las cuales al verla tan afectada, le dijeron:

—Señora, ¿á qué viene afligirse de ese modo por quien ya no se acuerda de vuestro nombre y os abandona? Pagadle en la misma moneda, y procurad olvidarle como él se olvida de vuestros encantos.

La princesa les replicó muy enojada:

—Insensatas, callad; mi corazón me dice que el príncipe me es fiel, y aun cuando así no fuera, ni puedo, ni quiero olvidarle.

Y volvió de nuevo á sus lamentos. Oyéndolo estaba todo el príncipe desde la puerta, y su corazón latía con tal ímpetu, y estaba tan oprimido, que no acertaba á dar un solo paso. Sin embargo, resolvióse al fin á entrar en el aposento, y se adelantó al trono donde estaba la princesa. Hallábase ésta tan absorta en sus pensamientos, que ni siquiera reparó en el príncipe, hasta que éste pronunció cariñosamente su nombre. Abrió entonces la joven los ojos, y vió al príncipe á su lado de rodillas. No se fiaba del testimonio de su vista, y creía que era todo un sueño, hasta que el mancebo la dijo con acento de ternura:

—¿Por qué lloras y estás tan desconsolada?

A estas palabras contestó la princesa, no sin sonrojarse:

—¿Por qué no confesarlo? Lloraba al verme separada de ti.

El príncipe entonces la refirió todo lo ocurrido, y la princesa le escuchó absorta. Cuando llegó el momento de separarse, creyó morir de dolor; el príncipe la aseguró que volvería con mucha frecuencia; pero ella, deshecha en lágrimas, le dijo:

—Te suplico me lloves contigo á donde quiera que vayas; porque si vuelvo á experimentar otra vez la amargura de la separación, moriré de pena.

Esforzóse el príncipe en consolarla, é hizo todo lo posible por disuadirla de su intento, pintándola



Se detuvieron en la azotea del palacio.

EL CABALLO ARTIFICIAL.



el dolor que sufriría su padre, y el peligro del viaje, y prometiéndola que no dejaría pasar una sola semana sin volver á visitarla.

Nada pudo conseguir, contestándole siempre:

—Llévame contigo, pues sin ti no puedo vivir, ni quiero morir sin ti.

Viendo el príncipe que era en vano tratar de quebrantar su resolución, y como su propio corazón estaba interesado en tenerla siempre á su lado, se avino á sus instancias, y la dijo que se dispusiese para el viaje, no sin dejar al padre de la princesa una carta, en que le explicaba lo ocurrido, y le decía que, no pudiendo vivir uno sin otro, marchaban juntos, en el caballo mágico, á la capital de Persia, donde contraerían inmediatamente matrimonio, para el que solicitaban su perdón y su bendición.

La princesa fué á recoger lo más precioso que tenía en joyas y vestidos; pasaron con tiento junto á las doncellas dormidas, hasta llegar á la puerta, pasaron también por encima del negro sin despertarlo, y subieron á escape á la azotea, en donde el príncipe tenía su caballo. Colocada la princesa en la silla, sentóse detrás el príncipe, y templando el tornillo, se disparó el caballo por los aires como una flecha. Asustóse mucho al pronto la princesa; pero luego, haciéndose cargo de la mansedumbre y la suavidad del caballo, no la arredró ya aquel

género de viaje, antes bien, iba muy complacida, pues amaba mucho al joven príncipe, y estaba libre de espías que la acechasen y sorprendiesen. Además, iba en busca de la dicha, pues con la voluntad de Dios, muy pronto el príncipe llegaría á ser su esposo.

Felicísimo fué el viaje aéreo de ambos enamorados, que en muy poco tiempo llegaron á la capital de Persia, y se detuvieron en la azotea del palacio. Su padre, que se había levantado aquel día muy temprano, y á la sazón se hallaba en la azotea, se sorprendió en extremo al ver llegar á su hijo con aquella dama tan hermosa. Apenas se hubo apeado el príncipe, cuando se dirigió apresuradamente hacia su padre, postróse á sus plantas, y le dijo:

—Padre y señor mío, perdonadme el secreto que guardé la otra vez no diciéndoos nada de la beldad que reina en mi corazón, y mostraos indulgente permitiéndome que la tome por esposa.

Abrazó el Rey á su hijo y á la princesa, les dió su consentimiento, é inmediatamente mandó hacer los preparativos para las bodas, tanto del príncipe, como de las princesas sus hermanas, que se casaron respectivamente con el indio, el griego y el persa.

Pronto se difundió tan venturosa noticia por la ciudad, y todos se regocijaron con la dicha de su príncipe. Al punto comenzaron las funciones, y el

vecindario, los ministros y las tropas se dispusieron á celebrar tan fausto acontecimiento.

Enviáronse sin demora embajadores al Rey, padre de la princesa, con el anuncio de la llegada de la princesa y el príncipe, pidiéndole al mismo tiempo su consentimiento para solemnizar el desposorio. Le aseguraban la intimidad del Rey de Persia, y acompañaban la embajada con riquísimos presentes. Solemnizáronse las bodas con festividades de siete semanas, repartiendo cuantiosas sumas á los necesitados. El caballo encantado se guardó en el gabinete de preciosidades para memoria perpetua, y para utilizarle cuando llegara el caso. Sólo una persona permanecía triste en medio de la universal alegría, y era la hija menor del Rey de Persia, condenada a casarse con el hombre viejo, inventor del caballo misterioso. Su hermano, que tanto debía á los buenos oficios de esta máquina voladora, había cambiado de opinión, y lejos de condolerse del dolor de la princesita, la dijo que estaba obligada á obedecer á su padre. Con el alma traspasada de dolor fué la niña á la nupcial ceremonia, y no pudo reprimir sus lágrimas al verse unida con indisoluble lazo á aquel monstruo de fealdad.

El destino la reservaba, sin embargo, una grata sorpresa. Al regresar á palacio, y en presencia de toda la corte, se despojó el fingido persa de una



máscara de piel que llevaba cuidadosamente ceñida al rostro, arrojóla al suelo y dejó ver un semblante de varonil belleza, en que brillaba el fuego de la juventud y la noble expresión del talento y del estudio.

—Yo no soy ni persa, ni anciano—exclamó;—soy heredero del trono de Egipto, y habiéndome dedicado á la ciencia desde mi niñez, he llegado á arrancar á la naturaleza muchos de sus secretos. Amaba con ternura á la encantadora princesa que hoy es mi esposa, y quise probar si el ascendiente de mi saber bastaría á atraerme su simpatía, prescindiendo de mi aspecto físico, por lo que me disfracé de este modo. No he salido airoso en este detalle; pero algo hay que dispensar á las niñas; no puede exigirse á todas que amen la ciencia por sí misma.

—¡Qué disgusto tuve, esposo mío!—dijo llena de júbilo la princesita.—Admiraba tu ciencia, es verdad; ¡pero me parecías tan feo! Mas por fortuna, lo sabio no quita siempre á lo buen mozo.

Este feliz incidente aumentó la alegría de todos, y desde entonces ninguna nube vino á empañar la dicha de los recién casados, que alcanzaron cuanta felicidad es posible lograr en la tierra.

---



## EL GRANO DE CEBADA.

---

Una pobre viejecita había perdido toda su familia y se veía sola en el mundo. No podía pensar en casarse, pues su edad era muy avanzada; así es que se le ocurrió preguntar á una hechicera cómo se las arreglaría para adquirir una niña que sólo á ella reconociese como madre.

—Yo te diré lo que has de hacer—contestó la hechicera:—aquí tienes un grano de una cebada especial que nada tiene que ver con la que crece en el campo y se comen las gallinas. Siémbrale en un tiesto de flores y ya verás lo que sale.

—Muchas gracias—dijo la mujer dando una peseta á la hechicera.

En seguida entró en su casa y plantó el grano de cebada del modo que le habían dicho.

No tardó en salir de la tierra una hermosa y perfumada flor que parecía un tulipán, pero que todavía estaba cerrada.

—¡Qué flor tan linda!—dijo la anciana besando sus hojas encarnadas y amarillas.

En aquel momento se abrió la flor haciendo un gran ruido, y tomó la forma de un tulipán. En su fondo estaba sentada una niña muy chiquitita, bellísima y delicada, cuya altura no pasaba de la de una almendra. Por esto se la llamó Almendrita. La viejecita la dió por cama una cáscara de nuez bien barnizada, que tenía por colchones hojas de violeta, y por colcha una hoja de rosa. En esa nuez dormía Almendrita durante la noche, y de día jugaba sobre la mesa, donde la buena mujer había colocado un plato lleno de agua, y rodeado por una corona de flores. En el plato había una hoja grande de tulipán, y allí se sentaba cómodamente la niña y bogaba de una orilla á otra con auxilio de dos agujas pequeñas que la servían de remos.

Verla de este modo era un espectáculo encantador; pero además sabía cantar con una voz tan dulce y tan melodiosa que parecía una caja de música, y los pajaritos y las mismas moscas detenían su vuelo para oirla.

Cierta noche, mientras la niña dormía, un ho-



Plantó el grano de cebada.



rrible sapo entró en la habitación por un cristal roto.

El asqueroso animal, enorme y húmedo, trepó hasta la mesa donde dormía Almendrita, cubierta con su hoja de rosa.

—No podía encontrar mejor esposa para mi hijo—dijo el sapo.

Cogió sin escrúpulo alguno la cáscara de nuez, y saliendo por el mismo vidrio por donde había entrado, se llevó la niña al jardín.

Corría entre las flores un arroyuelo, una de cuyas orillas tocaba en un pantano. En este pantano vivía el sapo con su hijo, tan sucio y asqueroso como el padre.

—*Coac, coac, breke-ke-ke*—gritó el animalucho cuando vió á la preciosa niña en la cáscara de nuez.

—Habla más bajo, no sea que se despierte—dijo el sapo viejo.—Podría escapársenos, porque es tan ligera como la pluma del cisne. Vamos á colocarla sobre una ancha hoja de higuera en medio del arroyo: allí estará como en una isla y no se escapará por miedo de ahogarse. Mientras tanto preparemos en el fondo del pantano la gran cámara que os ha de servir de palacio.

Dicho esto, el sapo saltó al agua para escoger una hoja de higuera, que sujetó á la orilla por el tallo, y en la que colocó la cáscara de nuez donde

dormía la niña, que seguía durmiendo tranquilamente.

Cuando á la mañana siguiente despertó y vió donde estaba, se echó á llorar con la mayor amargura, porque el agua la rodeaba por todos lados y no la era posible volver á tierra.

Entretanto el sapo viejo, después de haber adornado la habitación en el fondo del pantano con rosas y florecitas amarillas, nadó en compañía de su hijo hacia el sitio donde estaba Almendrita, para coger la nuez barnizada y transportarla á la habitación. Se inclinó con galantería en el agua delante de ella y le habló así:

—Te presento á mi hijo, á quien destino para que sea tu esposo. Os prepararé una habitación magnífica en el fondo del pantano.

—*Coac, coac, breke-ke-ke*, cantó el hijo, cuya voz y aspecto horrorizaron á la pequeñita.

Entre padre é hijo cogieron la nuez y se separaron, mientras Almendrita, sola sobre la hoja verde, lloraba de pena pensando en aquellos horribles sapos y en el matrimonio que la amenazaba con uno de ellos.

Algunos pececitos que nadaban en el agua oyeron lo que decía el sapo y quisieron ver á la niña. Desde luego advirtieron que era muy hermosa, y comprendieron que sería muy desgraciada casándose con aquel animal tan horrendo, por lo que



Cantaban al verla....



resolvieron impedir semejante unión. Para ello se reunieron alrededor del tallo que retenía la hoja, le cortaron con sus dientes, y la hoja, arrastrada por la corriente, llevó á la niña tan lejos por el río, que aunque los sapos lo advirtieron y se pusieron á nadar, ya no pudieron alcanzarla y se volvieron desesperados y furiosos.

Almendrita pasó por delante de muchos sitios, y los pájaros desde los matorrales cantaban al verla, admirados de su hermosura: «Qué preciosa señorita.» La hoja seguía flotando y alejándose arrastrada por la corriente.

Por el camino, una linda mariposa blanca se puso á revolotear á su alrededor, y al fin se atrevió á posarse en la hoja, queriendo admirar más de cerca á la niña, que era más pequeña que ella.

Muy regocijada Almendrita por haberse librado de la amenaza de casarse con el horrible sapo, se regocijaba con la magnificencia de la naturaleza y el aspecto del agua, que el sol hacía brillar como el oro, y en que se agitaban preciosos peces de colores. Desató la niña su cinturón, y después de haberle atado por un extremo á la mariposa y el otro al tallo de la hoja, avanzó mucho más de prisa que antes.

Por desgracia pasó cerca de ella un gran escarabajo de alas azules, y al verla, la agarró por su cuerpo delicado con una de sus patas y subió con

ella hacia un árbol. En cuanto á la hoja verde, continuó bajando el río con la mariposa, que seguía tirando de ella en su vuelo y no podía desprenderse.

Fué atroz el espanto de la pobre niña cuando el feísimo escarabajo la subió al árbol. También sufría al pensar que la pobre mariposa blanca, á la que ella había atado á la hoja, moriría de hambre y de fatiga y no podría acudir en su auxilio. Pero el escarabajo no se cuidaba de nada de esto; la colocó sobre la hoja mayor del árbol, la regaló jugo de flores, y aun cuando Almendrita no se parecía en nada á un escarabajo, la hizo mil cumplimientos por su hermosura.

Bien pronto todos los escarabajos que habitaban en el árbol acudieron á hacerla una visita. Las señoritas escarabajas al verla movieron sus antenas y dijeron con desprecio:

—¡Qué miseria! ¡No tiene más que dos piernas y dos bracitos!

—¡Qué cosa tan ridícula! ¡No tiene ninguna antena!—añadió una de ellas;—es delgada, esbelta, parece un hombre. ¡Vaya un fenómeno!

Sin embargo, Almendrita era encantadora; pero aun cuando el escarabajo que la había robado la encontraba muy linda, al oír expresarse de aquel modo á las señoras de su familia, concluyó por creerla fea y la despreció. La bajaron, pues, del



Quando llegaron las nieves....

EL CABALLO ARTIFICIAL.

5



árbol y la colocaron sobre una margarita, devolviéndola su libertad.

Aunque la niña se alegró de verse libre de aquellos monstruos, no pudo menos de contrariarla que la hubiesen echado de su compañía por considerarla fea, á ella que estaba acostubrada á oirse llamar hermosa.

Almendrita pasó sola todo el verano en el bosque. Formó con pajitas un lecho que colgó debajo de una hoja de árbol para resguardarse de la lluvia. Para alimentarse la bastaba el jugo de las flores, y para beber, unas cuantas gotitas del rocío que por las mañanas caía en las hojas.

De este modo pasó también el otoño, pero llegó el invierno, que fué muy riguroso y frío. Todos los pajarillos que la habían entretenido con sus dulces cánticos se alejaron, los árboles perdieron sus hojas, las flores se marchitaron y la hermosa hoja que le servía de techo se arrolló y se encogió, convirtiéndose en un tallo seco y amarillo.

La pobre Almendrita sentía aún más la crudeza de la estación, porque sus vestiditos comenzaban á caerse hechos jirones. Cuando llegaron las nieves, cada copo que caía sobre ella la producía el mismo efecto que sobre nosotros produciría una paletada de tierra. Por más que se envolvía en una hoja seca, no llegaba á entrar en calor, y se acercaba el momento en que moriría de frío.

No lejos del bosque había un gran campo de trigo, pero no se veía en él más que el rastrojo sobre la tierra helada. Á la pobre niña le pareció este campo tan grande como un bosque. Medio muerta de frío llegó á la vivienda de una ratita campestre. Se entraba en ella por un agujerito disimulado bajo las pajas; la ratita estaba muy bien acomodada: poseía una hermosa cueva llena de granos, una buena cocina y un comedor. Almendrita se presentó á la puerta como una pobre de pedir limosna, y suplicó que la diesen un grano de cebada, porque hacía dos días que no había comido.

—¡Pobrecita!—respondió la rata de los campos, que en el fondo tenía buen corazón;—ven á comer conmigo en mi habitación, y allí te calentarás.

No tardó en tomar cariño á Almendrita, y le dijo:

—Te dejaré que pases aquí el invierno, pero á condición de que arregles bien mi casa y de que me cuentes algún cuento, porque me gustan mucho.

Aceptó Almendrita este ofrecimiento, y no tuvo de qué quejarse, porque allí se comía muy bien.

—Prepárate á recibir una visita, dijo un día la rata; tengo un vecino que acostumbra venir á verme una vez por semana. Está más rico y mejor acomodado que yo; tiene grandes salones, y viste



No tenía grandes deseos de casarse.



una magnífica piel de terciopelo. Si consintiera en casarse contigo, estarías muy poco sujeta, porque no ve gota. Cuéntale tus más bonitas historias y se divertirá mucho.

Más lo cierto era que, á pesar de tantas ventajas, Almendrita no tenía grandes deseos de casarse con el vecino, que era un topo. Cubierto con su pellica de terciopelo negro, no tardó en ir las á visitar.

Su conversación, monótona y soñolienta, versó sobre sus riquezas y sobre su instrucción; pero el topo habló mal del Sol y de las flores, porque jamás los había visto. Almendrita cantó muchas lindas canciones, entre otras: «Mariposa, vuela, vuela» y «Cuando el monje viene al campo». Encantado el topo por su bonita voz, se apresuró á pedir su mano de esposa; pero Almendrita no quiso comprometerse y dijo que lo pensaría, porque era una persona muy reflexiva.

Deseoso el topo de agradar á sus vecinas, las permitió pasearse á su gusto en una gran bóveda subterránea que acaba de ahuecar entre las dos habitaciones; pero las advirtió que no se asustasen de un gran pájaro muerto que hallarían al paso, y que había quedado allí enterrado cuando empezaron los fríos de Octubre.

El primer día que sus vecinas aprovecharon el galante ofrecimiento, el topo las fué guiando por

su largo y sombrío corredor, llevando entre los dientes un pedazo de madera vieja que brillaba como el fósforo y con el cual las alumbraba. Al llegar al sitio donde yacía el pájaro muerto, levantó con su largo hocico una parte de la tierra del techo é hizo un agujero por el cual penetró un rayo de luz. En medio del corredor vió Almendrita, tendido en tierra, el cuerpo de una golondrina, muerta sin duda de hambre y frío, con las alas apretadas contra los costados, y con la cabeza y pies ocultos bajo las plumas. Este espectáculo dió mucha lástima á Almendrita. ¡Amaba tanto á los pajaritos que en el verano la habían distraído con sus cantos! Pero el topo empujó brutalmente á la golondrina con sus patas, y dijo:

—Ya no nos atormentará más los oídos. ¡Qué desgracia nacer pájaro! Por fortuna, ninguno de mis hijos tendrá una suerte tan desgraciada.

Esas criaturas tan cargantes no tienen otra fortuna que su *quivit, quivit*, y después de cantar como locas en el verano, se mueren de hambre en el invierno.

—Dice usted muy bien, repuso la vieja ratita; el *quivit* no sirve para nada, es precisamente lo que se necesita para morir en la miseria; sin embargo, esos infelices se muestran muy orgullosos de saber cantar.

Almendrita se calló; pero en cuanto sus compa-



No estaba muerto.



ñeros hubieron vuelto la espalda al pájaro, ella se inclinó hacia él, y separando las plumas que cubrían su cabeza, depositó un beso sobre sus ojos cerrados.

—¡Quién sabe si será el mismo que cantaba tan graciosamente para mí este verano!—pensó.

¡Pobre pajarito! te compadezco con toda mi alma.

El topo, después de haber tapado el agujero, obsequió á las señoras con una merienda y después las acompañó á su casa. No pudiendo Almendrita dormir en toda la noche, se levantó y trenzó un bonito tapiz de heno que llevó á la bóveda y que extendió sobre el pájaro muerto. Después le puso á cada lado un poco de algodón que había encontrado en la casa de la ratita, temiendo que el fresco de la tierra hiciese daño al cuerpo inanimado.

—Adiós, infortunado pájaro—le dijo—adiós. Te estoy agradecida por la bonita canción con que tanto me divertías durante la dulce estación del verano, en que yo podía admirar el verdor del campo y calentarme al sol.

Y al decir estas palabras, apoyó su cabeza sobre el pecho de la golondrina; pero de pronto se levantó asombrada; había sentido una ligera palpitación del corazón del pájaro, que no estaba muerto, sino solamente entumecido por el frío. El calor le había vuelto á la vida.

Durante el otoño las golondrinas vuelven á los países cálidos, y si una se detiene en el camino, no tarda el frío en atontarla, y la hace caer á tierra como muerta, después de lo cual la nieve se extiende sobre ella.

Almendrita temblaba aún de sorpresa: comparada con ella, cuyo tamaño no excedía de una pulgada, la golondrina parecía un gigante. Sin embargo, su buen deseo la inspiró valor, apretó bien el algodón alrededor del pájaro, fué á buscar una hoja de menta que la servía de sábana, y se la puso sobre la cabeza.

Cuando á la noche siguiente fué á ver á la enferma, la halló que ya estaba viva, pero tan débil, que sus ojos se abrieron con trabajo un instante para mirar á la niña, que tenía en la mano, por toda luz, un pedacito de madera vieja que relucía en las tinieblas.

—Á ti te debo la vida, niña encantadora—dijo el pájaro enfermo;—me has calentado muy bien. Dentro de poco recobraré mis fuerzas y podré volar por los aires calentándome á los rayos del sol.

—No pienses por ahora en semejante cosa—repuso Almendrita—hace mucho frío, por fuera nieva y hiela; quédate en tu cama, que yo te cuidaré hasta que estés buena del todo.

En seguida la llevó agua en una hoja de flor. La golondrina bebió y la contó que habiéndose



Cantó el pájaro.



desgarrado una de sus alas en las espinas de una zarza, no había podido seguir á sus compañeras á los países cálidos. Rendida de cansancio, había concluído por caer á tierra, y desde este momento no se acordaba de nada de lo que la había sucedido.

Mientras duró el invierno, burlando la vigilancia de la ratita y del topo, Almendrita cuidó á la golondrina con el mayor cariño. Cuando llegó la primavera y el sol empezó á calentar la tierra, el pájaro, que se sentía ya fuerte y ágil, se despidió de la niña, que le abrió el agujero practicado en otro tiempo por el topo. La golondrina rogó á su bienhechora que la acompañase al verde bosque sentada sobre sus espaldas; pero Almendrita pensó que su partida causaría mucha pena á la ratita campestre que tan bien se había portado con ella.

—No—dijo suspirando—no puedo.

—Adiós, pues; adiós, encantadora niña; cuenta con mi eterno agradecimiento—replicó la golondrina elevándose hacia el sol.

Almendrita la vió marchar con lágrimas en los ojos: ¡había tomado tanto cariño á la gentil golondrina!

—*Quivit, quivit*—cantó el pájaro—y después desapareció en los aires.

La tristeza de Almendrita fué tanto mayor cuanto que ya no pudo salir y calentarse al Sol,

porque las espigas de trigo brotaban sobre la casa de la ratita campestre, formando para la pobre niña un verdadero bosque de árboles altos.

—Convienes que este verano te des prisa para preparar tu canastilla de boda—la dijo la ratita—porque ya sabes que el señor topo de pellica negra ha pedido tu mano. Para casarte con ese señor es preciso que estés bien provista de vestidos y ropa blanca.

La niña tuvo precisión de tomar la rueca, y la ratita campestre empleó además como jornaleras cuatro arañas que hilaban sin descanso. Todas las tardes el topo las hacía una visita y las hablaba del abraçador verano, que hace la tierra ardiente é insoportable. Así, pues, la boda no se haría hasta bien entrado el otoño. Mientras transcurría el plazo, Almendrita iba todos los días á presenciar la salida y la puesta del sol desde la puerta de la cueva, y veía al través de las espigas, agitadas por el viento, el azul del cielo. La niña admiraba la hermosura de la naturaleza y pensaba mucho en la querida golondrina; pero la golondrina estaba lejos y quizá no volvería nunca.

Al fin llegó el otoño y Almendrita había acabado ya su canastilla de boda.

—Dentro de cuatro semanas se celebrará tu casamiento con el señor topo—dijo la ratita;—y la pobre niña lloró; la asustaba aquel ser tan fastidioso y tan aficionado á las tinieblas.

—Eres una tonta al afligirte cuando se te presenta tan buen partido—exclamó la ratita;—no te pongas así, ó me enfadaré y te daré un mordisco. Debes apreciar con mucha satisfacción el casarte con un personaje tan distinguido que lleva una pellica de terciopelo negro como no la tiene el mismo rey. Deberías dar gracias á Dios por encontrar una cocina y una cueva tan bien dispuestas.

Almendrita, atemorizada, ahogó sus lágrimas, y así llegó el día de la boda.

Presentóse el topo muy satisfecho para llevarse á Almendrita bajo tierra, donde ya jamás vería la hermosa luz del sol, puesto que su marido no podía soportar el brillo de ese astro. Á lo menos en casa de la ratita la estaba permitido mirarle desde la puerta.

—Ya no te volveré á ver más, hermoso sol—dijo la niña con aire contristado, levantando los brazos al cielo.—Adiós, pues, ya que estoy condenada á vivir en lo sucesivo en estos sombríos lugares donde no se goza de tus rayos.

Después dió algunos pasos fuera de la casa, porque ya habían cortado el trigo y no quedaba más que el rastrojo.

—Adiós, adiós, amiga mía—dijo abrazando á una florecilla encarnada;—si ves á la golondrina salúdala de mi parte y dila que soy muy desgraciada.

«¡*Quivit, quivit!*» oyó gritar en el mismo momento.

Levantó la cabeza y fué inmenso su júbilo al ver á la golondrina, que pasaba. El pájaro manifestó la mayor alegría cuando vió á Almendrita; bajó rápidamente repitiendo sus alegres *quivit*, é hizo mil caricias á su bienhechora. Ésta le contó que la querían casar con un topo muy feo que estaba bajo tierra donde nunca penetraba el sol. Mientras hacía este relato vertía un torrente de lágrimas, recordando que aquel mismo día debía celebrarse la boda, á que estaban convidados como testigos algunos sapos y muchas lombrices de tierra.

—Se acerca el invierno—dijo la golondrina— y me vuelvo á los países cálidos. ¿Quieres seguirme? Te subiré en mi espalda y te sujetarás á mí con tu cinturón; huiremos lejos del horrible topo y de su morada obscura, muy lejos, al otro lado de las montañas, donde el sol brilla aún más hermoso que aquí, y donde el verano y las flores son eternos. Ven, pues, conmigo, niña hermosa, yo te salvaré del peligro que te amenaza, pues que me salvaste la vida cuando yacía en el sombrío corredor medio muerta de frío.

—Sí, te seguiré—dijo Almendrita.— Mucho bien me ha hecho la rata campestre, pero lo cierto es que ahora quería violentar mi voluntad.



Y se sentó en la espalda del pájaro.



Y se sentó en la espalda del pájaro, atándose con su cinturón á una de sus plumas más sólidas; en seguida se sintió arrebatada por encima de los bosques, de la mar y de las altas montañas cubiertas de nieve.

Almendrita sintió frío, pero se acurrucó bajo las plumas calientes del pájaro, sin sacar más que la cabecita para admirar las bellezas que veía debajo de ella. Así llegaron á los países cálidos donde la viña con sus hermosas uvas rojas, verdes y azules, brota en todas las zanjas, donde se ven bosques enteros de limoneros y naranjos, y donde mil plantas maravillosas exhalaban sus perfumes. En los caminos jugaban los niños con grandes y bellas mariposas de colores.

Algo más allá, se detuvo la golondrina cerca de un lago azulado, en una de cuyas márgenes se levantaba un antiguo castillo de mármol, rodeado de columnas que sostenían emparrados. En la cúpula había una gran cantidad de nidos.

Uno de estos nidos servía de vivienda á la golondrina que llevaba á Almendrita.

—Esta es mi casa—dijo el pájaro—pero no será conveniente que vivas conmigo, porque esta habitación es demasiado fría en invierno y calurosa en verano. Elige una de las flores más hermosas; te depositaré en ella y haré todo lo posible por hacerte esa estancia agradable.

—¡Qué feliz soy!—dijo Almendrita saltando y dando palmadas.

Grandes y hermosas flores blancas, carmíneas y azules, crecían entre los fragmentos de una columna caída; allí fué donde la golondrina depositó á la niña sobre una de las hojas más anchas.

Almendrita, en el colmo de la dicha, estaba maravillada de todas las magnificencias que la rodeaban en aquellos parajes encantadores.

Su admiración creció de punto al ver un hombrecito blanco y transparente como el cristal, con diadema de oro y de apenas una pulgada de alto, que estaba sentado en la flor. Llevaba en la mano un pequeño cetro de oro y piedras preciosas; espada en la cintura, y en los hombros unas alas brillantes.

Aquel lindo joven era el genio de la flor; cada flor servía de palacio á un hombrecito y á una mujercita, y aquél, que aun era soltero, reinaba sobre todo aquel jardín.

Lejos de asustarse Almendrita por la aparición, quedó mirando con embeleso á aquel lindo y elegante joven.

Cuando el príncipe tan fino y tan delicado vió al pájaro gigantesco, sintió un gran susto; pero se repuso á la vista de Almendrita, que le pareció la joven más hermosa del mundo. La puso su corona de oro en la cabeza, la preguntó cuál era su nom-



En aquellos parajes encantadores.



bre, y con frases muy galantes la preguntó si consentiría en ser su esposa.

¡Qué comparación con el horrible sapo y con el estúpido topo de capa negra! ¡Si le aceptaba vendría á ser la reina de las flores! Aceptó, pues, y no tardó en recibir la visita de un caballero y una hermosa señora que salían de cada flor para ofrecerla regalos preciosos.

Ninguno le pareció tan agradable como un par de alas transparentes, que habían pertenecido á una gran mosca blanca. En cuanto tuvo aquellas alas en sus hombros pudo Almendrita volar de flor en flor.

La golondrina desde su nido hacía oír sus canciones más inspiradas; pero en el fondo de su corazón se sentía triste por haberse separado de su bienhechora, á la que, sin embargo, visitaba con frecuencia.

—Deja ese nombre de Almendrita—dijo á su esposa el príncipe de las flores;—ese nombre es feo y tú eres hermosa, hermosa como debe serlo la reina de las flores; en adelante te llamaremos Maya.

Almendrita encontró muy de su gusto este último nombre, y vivió muy feliz con su esposo larguísimos años. Tuvieron muchos hijos, pero tan pequeñitos, que al nacer no eran mayores que granos de anís; sin embargo de lo cual, eran muy lindos é inteligentes.





## LOS PÍCAROS Y LOS TONTOS.

---

En una comarca de Italia hubo un gran duque tan aficionado á los trajes nuevos, que gastaba enormes sumas en vestirse. Cuando pasaba revista á su ejército, cuando iba á un teatro ó á un paseo, su principal objeto era que le viesen elegante. Cambiaba de traje cinco ó seis veces al día, y así como se dice de un rey: «Está en consejo de ministros», se decía de él: «El gran duque está en su guardarropa». La capital era un pueblo alegre y animado que visitaban muchos extranjeros, y un día llegaron á ella dos bribones, que dijeron ser tejedores, y declararon que sabían tejer la tela más hermosa del mundo. No sólo los colores y el dibujo eran de belleza sin igual, sino que los vestidos hechos con esta tela poseían una cualidad

maravillosa: se hacían invisibles para los pillos y los tontos.

—Esa tela es de inmenso valor—penso el gran duque;—gracias á ella podré conocer á los pícaros que intervienen en mi gobierno y sabré distinguir á los listos de los tontos. Es necesario que tenga cuanto antes un traje de esa tela.

Llamó en seguida á los dos bribones, y sin regatear precios les entregó una gran cantidad á fin de que pudiesen poner inmediatamente manos á la obra.

Los dos pícaros prepararon, en efecto, dos telares é hicieron como que trabajaban, aunque lo cierto era que nada absolutamente había entre las brocas.

Muy á menudo pedían seda fina y oro magnífico en grandes cantidades; pero todo esto lo reducían secretamente á dinero, y hacían como que trabajaban hasta media noche con los telares vacíos

—Es necesario que yo sepa cómo adelanta la obra—se dijo el gran duque.

Pero no dejó de asustarse al pensar que los pillos y los tontos no podían ver la tela. No era esto que él dudase de sí mismo; pero como á Segura llevan preso, creyó prudente enviar delante de él alguno que examinase el trabajo. Había corrido ya entre todos los habitantes de la población la noti-



E hicieron que trabajaban.



cia de las propiedades maravillosas de la tela, y todos estaban muy impacientes por saber hasta qué punto eran pillos ó tontos sus amigos y vecinos. No hay para qué añadir que, en particular, cada cual se creía un portento de virtud y de ingenio.

—Voy á mandar á mi primer ministro para que me saque de dudas—pensó el gran duque;—él es el que mejor puede juzgar la tela; se distingue tanto por su talento como por su honradez.

El ministro entró en la sala en que los dos pícaros hacían como que trabajaban con los telares vacíos.

—¡Dios mío!—pensó abriendo los ojos todo cuanto pudo;—no veo nada. Pero se aguardó muy bien de hablar en alta voz.

Los dos tejedores le invitaron á aproximarse y le pidieron su opinión acerca del dibujo y los colores. También le enseñaron los telares, describiéndole una por una sus piezas, y el ministro quedó sin saber qué hacer, porque como allí no había nada, nada veía. Como al mismo tiempo debía remorderle la conciencia por algunos pecadillos en el ejercicio de su cargo, hizo de tripas corazón, y se resolvió á fingir que lo veía todo.

—¿Qué opina el señor ministro de nuestro trabajo?—dijo uno de los tejedores.

—Me parece encantador, verdaderamente en-

cantador—respondió el ministro, poniéndose los anteojos.—Este dibujo y estos colores son de lo mejor que he visto nunca. Voy á dar la enhorabuena al gran duque, pues nunca se habrá visto tan bien vestido

—La opinión del señor ministro es para nosotros muy honrosa—dijeron los dos tejedores;—y se pusieron á enseñarle colores y dibujos que no existían, dándoles nombres.

El ministro puso la mayor atención á fin de acordarse y poder repetir al gran duque todas aquellas explicaciones.

En cuanto á los dos pícaros, no hay para qué decir que continuaban pidiendo plata, seda y oro, pues aseguraban que se necesitaba una cantidad enorme para aquel traje, bien entendido que ellos se lo embolsaban todo. El telar estaba vacío y continuaban haciendo que trabajaban.

Pasados algunos días, el gran duque envió otro alto funcionario para examinar la tela y ver si se concluía. Sucedió al nuevo emisario lo mismo que al ministro: miró y remiró, pero no vió nada.

—¿No es verdad que el tejido es admirable y que los colores casan divinamente?—preguntaron los dos tunantes, mostrándole y explicándole el soberbio dibujo y los magníficos colores que no existían.

—Yo no soy necio—pensó el alto empleado;—



Envió otro alto funcionario.

EL CABALLO ARTIFICIAL.



al contrario, creo que me paso de listo en el desempeño de mi cargo, y quizá por esto no veo la tela. ¡Pero Dios me libre de darlo á entender!

En seguida hizo grandes elogios de la tela, y manifestó su admiración por la elección de los colores y por el dibujo.

—Es de una magnificencia incomparable—dijo al gran duque;—y por toda la población se habló de la belleza de esta tela extraordinaria.

Por fin, el mismo gran duque no pudo resistir al deseo de ver su traje, que ya debía tocar á su conclusión. Acompañado de un brillante séquito de personas distinguidas, entre las cuales se encontraban el ministro y el alto funcionario, se dirigió al sitio en que los astutos fulleros hacían como que tejían, pero sin hilo de seda, ni de oro, ni ninguna clase de hilo.

—¿No es verdad que esto es precioso?—dijeron los altos empleados.—El dibujo y los colores harán resaltar admirablemente la natural elegancia de vuestra alteza. Y señalaron con el dedo el telar vacío, como si los demás pudieran ver alguna cosa.

—¿Qué es esto?—pensó el gran duque asustado;—nada veo. Esto es terrible. ¿Acaso seré un pillo? ¿acaso seré un necio incapaz de gobernar? Nunca pude esperar tan espantosa desgracia.

Después de algunos momentos de reflexión, tomó su partido y exclamó:

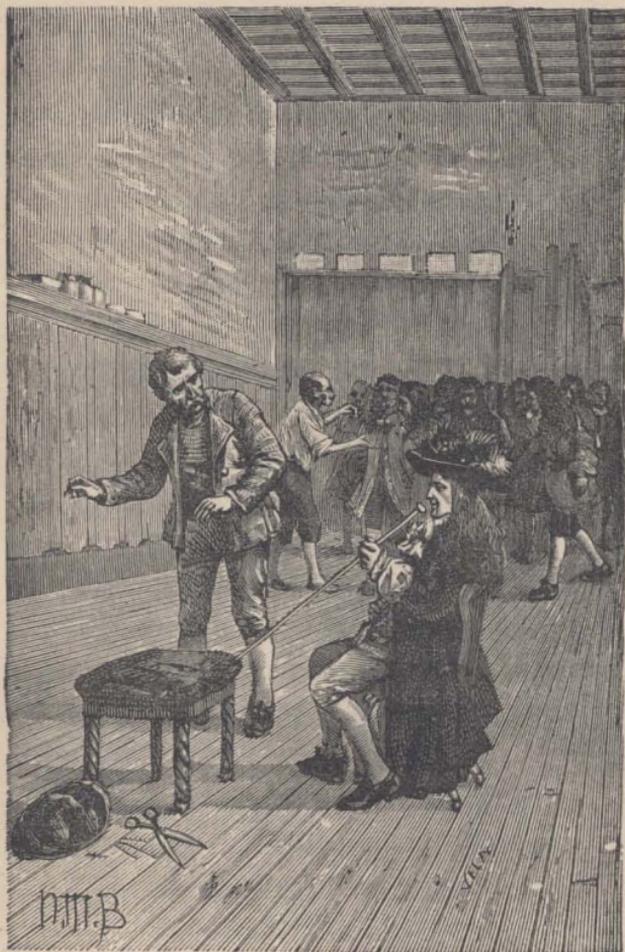
—Esto es magnífico, verdaderamente digno de mí, y con gusto manifiesto mi satisfacción á estos hábiles tejedores.

Movió la cabeza con aire satisfecho y miró el telar haciendo frecuentes signos de aprobación. Todas las personas de su séquito miraron lo mismo unos después de otros, pero sin ver nada, y temiendo que se les tachase de pícaros ó necios, repetían como el gran duque: «Esto es admirable,» y hasta le aconsejaron que no dejase de vestirse con esa nueva tela en la primer gran procesión que había de celebrarse.

—¡Es bellísima! ¡es encantadora! ¡es admirable! ¡no cabe mayor brillantez y hermosura!—exclamaban todas las bocas,—y la alegría era general.

Los dos pícaros que hacían de tejedores fueron agraciados con grandes cruces y recibieron el título de gentileshombres y de tejedores de Cámara.

Durante toda la noche anterior al día de la procesión, estuvieron velando y trabajando alumbrados por espléndidos candelabros. Todo el mundo aparentaba que veía su trabajo. Por fin hicieron como que quitaban la tela del telar, cortaron en el aire con grandes tijeras, cosieron con una aguja sin hilo, y después de esto declararon que el vestido estaba concluído y en disposición de probarse.



En disposición de probarse.

1

1860

El gran duque, seguido de su corte, fué á examinar el traje, y los fulleros, levantando un brazo en el aire, como si tuviesen en él alguna cosa, decían:

—Aquí está el pantalón, aquí la casaca, aquí el manto. A pesar del mucho oro y seda que tiene, es ligero como una tela de araña. No hay temor de que pese á vuestra alteza sobre el cuerpo, y esta falta de peso es una de las más recomendables cualidades de esta tela.

—Es verdad, parece maravilloso que pese poco una tela de tan soberbio aspecto—respondieron los cortesanos;—pero no veían nada, pues nada había.

—Si vuestra alteza nos hace el honor de desnudarse—dijeron los bribones—le probaremos el vestido delante del espejo grande.

El gran duque se desnudó, y los falsos tejedores hicieron como que le presentaban una prenda después de otra. Le cogieron el cuerpo como para ajustarle alguna cosa. Se volvió y se revolvió delante del espejo; pero á pesar de que abría y guiñaba los ojos sólo se veía en riguroso cutis.

—¡Qué hermosura, qué magnificencia! ¡Qué corte tan elegante!—exclamaron todos los cortesanos;—¡qué dibujo! ¡qué colores! ¡qué traje tan precioso!

El gran maestro de ceremonias entró.

—El palio bajo el cual vuestra alteza debe asistir á la procesión está en la puerta, dijo.

—Bien; estoy dispuesto—respondió el gran duque.—Creo que estoy bastante bien así.

Y al decirlo daba diente con diente, porque el día estaba más fresco de lo regular.

Volvió á mirarse de reojo ante el espejo, y por fin marchó con ademán altivo.

Los funcionarios palaciegos que debían llevarle la cola, hicieron como que recogían alguna cosa del suelo; después levantaron las manos; antes se hubieran dejado hacer trizas que declarar que no veían absolutamente nada.

Mientras que el gran duque, estornudando y tosiendo, caminaba entre orgulloso y mohino con paso majestuoso en la procesión bajo su magnífico palio, todos los hombres en la calle, y desde las ventanas, exclamaban: «¡Qué traje tan rico y bello, y qué graciosa es la cola! ¡Qué corte tan perfecto!» Ninguno quería mostrar que no veía nada, pero muchos ahogaban con trabajo la risa que les retozaba en los labios al ver lo que realmente veían en vez del traje.

El que hubiese dicho la verdad habría sido declarado necio ó incapaz de desempeñar su empleo por pícaro; así es que nunca los trajes del gran duque habían excitado semejante admiración.

—¡Ay, cómo va el gran duque! ¡Está en cue-  
ros!—dijo á voces un niño pequeño.

—Dios mío! ¿No oís la voz de la inocencia?—  
dijo el padre;—y en breve empezó á murmurar la  
multitud, repitiendo las palabras del niño.

—Hay un niño que dice que el gran duque no  
lleva vestido ninguno.

—Tiene razón ese niño; estábamos confundi-  
dos—decían otros más resueltos.

—No hay tal traje—exclamó al fin todo el  
pueblo.

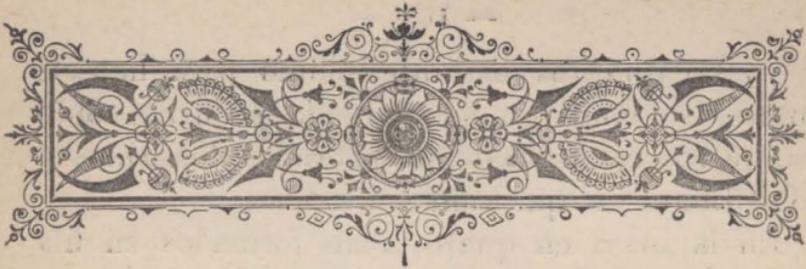
El gran duque al oír esos clamores se mordió  
los labios, porque le parecía que la gente tenía ra-  
zón; sin embargo, no quiso darse por vencido, y  
pensó:

—De cualquier modo que sea, ya que he empe-  
zado, es necesario que continúe hasta el fin, por-  
que volverse atrás significaría que soy realmente  
un tonto de capirote.

En seguida se enderezó con más orgullo que  
antes; estornudó y tosió con más fuerza que nunca,  
y los cortesanos siguieron haciendo como que lle-  
vaban con respeto la cola de aquel manto que na-  
die veía.

Tampoco vió nadie en adelante á los falsos teje-  
dores, que, apenas empezada la procesión, habían  
huído de la ciudad con toda la rapidez de sus pier-  
nas y bien repletos de dinero.

— 177 —  
— 178 —  
— 179 —  
— 180 —  
— 181 —  
— 182 —  
— 183 —  
— 184 —  
— 185 —  
— 186 —  
— 187 —  
— 188 —  
— 189 —  
— 190 —  
— 191 —  
— 192 —  
— 193 —  
— 194 —  
— 195 —  
— 196 —  
— 197 —  
— 198 —  
— 199 —  
— 200 —



## EL CASTILLO DE CARTÓN.

---

De un viejo cucharón de plomo nacieron veinticinco soldados de infantería, todos iguales. Con el fusil al brazo, con bayoneta calada, la mirada fija, el capote azul y el pantalón rojo, ¡qué aspecto tan marcial tenían todos! La primera frase que escucharon en este mundo, cuando levantaron la tapa de la caja en que estaban encerrados, fué este grito: «¡Soldaditos de plomo!», que lanzó un niño palmoteando de alegría. Le habían regalado la cajita como presente por ser el día de su Santo, y se divertía en formarlos sobre la mesa y en dar batallas con ellos. Todos los soldados se parecían perfectamente, á excepción de uno, que sólo tenía una pierna: le habían echado el último en el molde

y ya no quedaba bastante plomo para hacerle entero. Sin embargo, se mantenía tan firme sobre esta pierna como los demás sobre las dos. De este soldadito es del que vamos á hablar.

En la mesa en que estaban formados en fila nuestros soldados, había otros muchos juguetes; pero el más bonito era un precioso castillo de cartulina de colores.

Por las pequeñas ventanas se podían ver hasta sus salones y los pasillos. Á un lado del castillo se elevaban unos pequeños arbolitos en torno de un espejo que imitaba un lago; algunos cisnes de cera nadaban y se reflejaban en él. Todo esto era muy bonito; pero lo que más llamaba la atención era un hermoso cuadro que representaba la Virgen del Pilar de Zaragoza: estaba colocado en la sala principal del castillo. Era también de cartulina, pero estaba tan bien dibujada, que al soldado le pareció que le miraba y quería hablarle, sin duda porque aquel soldadito, por su misma desgracia de faltarle una pierna, era más digno de lástima que sus compañeros.

El soldadito agradeció mucho que la Virgencita le mirase tan cariñosamente; y como era buen cristiano, se olvidó de jugar con sus compañeros y comenzó á rezar una salve, y pidió á la Virgencita que le socorriese en sus desgracias, pues temía un triste fin en manos de su nuevo dueño, que



En formarlos sobre la mesa.



aunque muy bueno, era algo revoltoso y podía con un pequeño descuido romperle la única pierna que tenía

Cansado el niño de jugar, fueron recogidos los soldados de plomo en su caja, menos el soldadito cojo, que estaba separado de los demás pensando en la Virgencita y rezando sus oraciones, hasta que los señores de la casa se fueron á acostar. Entonces los juguetes que habían quedado en la mesa comenzaron á divertirse solos: primero jugaron á la gallina ciega, después jugaron á hacerse la guerra, y por último jugaron al corro. Los soldados de plomo se agitaban en su caja porque querían tomar parte en el juego; pero ¿cómo levantar la tapa? El cascanueces hizo piruetas y el lápiz se puso en pie sobre la punta y trazó mil caprichosas figuras; llegó á ser tan grande el ruido, que el jilguero, que dormía en su jaula, se despertó y empezó á cantar. Los únicos que no se movían de su puesto eran el soldado de plomo, que presentía una desgracia, y la Virgencita, que continuaba mirándole, como diciéndole que tuviese valor y no temiera nada, con lo cual el soldadito se tranquilizó y continuó tan firme como siempre sobre su única pierna, arma al brazo y sin dejar sus oraciones.

Á la media noche ¡crac! la tapa de la tabaquera saltó; pero en lugar de tabaco había dentro un

muñeco con larga barba verde. Era un juguete de sorpresa, pero muy feo y de malas intenciones, que quería mal al soldadito.

—¿Qué miras ahí como un pasmarote? dijo el muñeco. Márchate ahora mismo, ó te acordarás de mí.

El soldado se encogió de hombros é hizo como que nada oía.

—Ya que no me haces caso, espera á mañana y verás, continuó el muñeco de la barba verde.

Al siguiente día, cuando los niños se levantaron, encontraron al soldadito cojo y le pusieron en la ventana, no lejos del muñeco de la barba verde, que, saliendo bruscamente de su caja, le empujó con tal violencia, que le arrojó de cabeza desde el tercer piso á la calle. ¡Qué caída tan espantosa! El pobre soldadito quedó con el pie hacia arriba, con todo el cuerpo sobre el capote y con la bayoneta clavada entre dos losas del piso.

El niño y la criada bajaron á buscarle; pero aun cuando estuvo en poco que le pisaran, no pudieron verle. Si el soldado hubiese gritado: «¡Aquí estoy, no me piséis!», le habrían encontrado; pero creyó que eso sería deshonar el uniforme, y permaneció callado, aunque lleno de pena al ver que no daban con él.

Obscurecióse el cielo, empezó á llover, y pronto las gotas se sucedieron sin intervalo; aquello fué



Hagámosle navegar.

EL CABALLO ARTIFICIAL.

8



un verdadero diluvio. Cuando descargó del todo la nube y acabó la tempestad, pasaron dos niños. —¡Mira! dijo uno, aquí hay un soldado de plomo; hagámosle navegar.

Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron dentro al soldado de plomo, y le hicieron bajar por el arroyo. Los dos muchachos corrían á su lado y aplaudían con las manos. ¡Qué remolinos tan furiosos había en este arroyo! ¡Qué fuerte era la corriente! El barco de papel, empujado en distintas direcciones, se movía de una manera descompasada; pero, á pesar de todo, el soldado de plomo, aunque empezaba á sentir los efectos del mareo, permanecía en pie, impasible, con la mirada fija y el arma al brazo.

De pronto la corriente se hizo más furiosa y el barco se sumergió en una alcantarilla, que estaba obscura como boca de lobo y en que reinaba un olor pestilente.

—¿Dónde he venido á parar? se preguntó el soldado. Sin duda es el muñeco de la barba verde el que me causa este mal; pero no me importa; yo le perdono y no temo nada; la Virgencita me ayudará.

No tardó en presentarse una gran rata; era un habitante de la alcantarilla.

—Pronto: enséñame tu pasaporte, dijo al soldadito de plomo.

Pero éste guardó silencio, rezó sus oraciones, y se quedó tan tranquilo como si nada le ocurriese. La barca, aunque con trabajo y deteniéndose á trechos, continuó su camino, y la rata la perseguía rabiosa, rechinando los dientes y gritando á sus compañeras: «Detenedle, detenedle; no ha pagado su derecho de pasaje; no ha querido enseñarme su pasaporte.»

Por fortuna la corriente era cada vez más rápida, y el soldado empezó á ver la luz del día; pero oía al mismo tiempo un murmullo formidable, capaz de asustar al militar más valeroso. La alcantarilla desaguaba en el río, y al caer sus aguas formaban un salto que, en relación al soldadito, era mayor que para nosotros las cataratas del Niágara. La barca ya no podía detenerse, y se lanzó en el abismo. El bravo soldado se mantenía tan tieso como le era posible, y nadie se hubiera atrevido á decir que ni aun siquiera pestañeaba: si tenía miedo, lo disimulaba muy bien. Al caer al río, y después de haber dado muchas vueltas la barca sobre sí misma, se llenó de agua; iba á hundirse. Ya el agua llegaba al cuello al soldado, y cada vez se hundía la barca más y más; se desplegó el papel, y el agua cubrió de pronto la cabeza de nuestro héroe.

Entonces, viendo llegada su última hora, se acordó de la Virgencita, suspiró y se dispuso á morir con resignación, como buen cristiano.

Pedro  
ARAVARTE



¡Un soldadito de plomo!



Rompióse el papel, y el soldado pasó al través de él y empezó á descender al abismo de las aguas. Pero antes de que llegase al fondo fué devorado por un gran pez.

¡Entonces sí que fueron profundas las tinieblas en torno del soldadito! Estaba más obscuro aun que en la alcantarilla. Además se sentía muy oprimido; pero reflexionó que al fin el pez, sin saberlo, le había salvado la vida, impidiéndole ahogarse, y acomodándose como pudo á su nueva situación, se extendió todo lo largo que era, siempre con el fusil al hombro.

Así pasó mucho tiempo. De repente notó que el pez, en cuyo vientre se hallaba, se agitaba con espantosos movimientos, á los que sucedió una quietud absoluta. El soldadito oyó el ruido de carne que se rompe, y al mismo tiempo pasó por sus ojos una extraordinaria claridad. Apareció la luz en todo su esplendor, y alguien gritó:

¡Un soldado de plomo!

El pez había sido pescado, expuesto en el mercado, vendido, llevado á la cocina, y la cocinera le había abierto con un gran cuchillo. Cogió con dos dedos al soldado por medio del cuerpo y le llevó á la sala, donde todos se apresuraron á contemplar al valeroso viajero que había hecho tan larga travesía en el vientre de un pez. Preciso es confesar que á pesar de su modestia, el soldado se

sintió muy orgulloso entre tantas muestras de admiración. Le colocaron sobre la mesa, y allí (¡qué cosas tan raras suceden á veces en el mundo!) se encontró en la misma habitación de donde había sido arrojado por la ventana. En efecto, vió claramente á los niños, reconoció los juguetes que estaban sobre la mesa y el precioso castillo con la imagen de la Virgen del Pilar, que le miraba. Al verla el soldado se sintió conmovido, y no dudó que la Virgencita le había librado milagrosamente.

El soldadito estaba al borde de la mesa, muy cerca de la chimenea, tan embelesado en la contemplación de su Virgencita, que no reparó en que un niño ponía á su lado la caja de sorpresa que contenía el horrible muñeco de la barba verde. Salió éste bruscamente y empujó con tal violencia al soldadito, que éste cayó al fuego. Allí quedó en pie, iluminado por una luz viva, experimentando un calor horrible; pero no por eso lanzó un solo gemido, á pesar de lo mucho que sufriera. Todos sus colores habían desaparecido, y el hermoso barniz que lo revestía se convirtió en humo aromático. Continuó mirando con toda su alma á la Virgen, y ella le miró también. Aunque se sentía derretir, siempre intrépido, se mantenía con el arma al brazo. De pronto se abrió una puerta, una corriente de aire se llevó el fuego y el soldadito fué nuevamente librado de la muerte; llegó en este momento



Un pequeño corazón de plomo.

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



la mamá del niño y recogió al soldadito, y diciéndole que la Virgencita había hecho el milagro de salvar al soldadito, se lo entregó de nuevo, recomendándole que le tratase con especial cuidado.

El niño no quiso que al soldadito le ocurriese una nueva desgracia, y mandó construir un cuadrado, donde colocó su juguete con todo cuidado, y lo colgó en su alcoba, y todos los días al acostarse y al levantarse, se encontraba con el bravo soldado haciendo centinela y recordándole sus acciones para que la Virgencita le socorriese en sus desgracias y le hiciera feliz, pues la Virgencita no se olvida nunca de los niños buenos, y los protege constantemente como protegió al soldadito de plomo.

JUAN BORRERO





## ENANOS Y GIGANTES.

---

El país de Liliput, que está habitado por unos hombres tan pequeños que entre nosotros pasarían por enanos, confina por el Norte con el de los Atletas, que son unos verdaderos gigantes. El primero, aunque de reducida extensión y con un terreno y clima poco benignos, se encontraba en un estado floreciente y próspero, debido á que sus moradores cultivaban desde hacía muchos años todos los ramos de la ciencia, y ésta, que no es ingrata con quien bien la quiere, había facilitado á los liliputienses los medios para prosperar en la agricultura, la industria y el comercio. Todo o contrario ocurría á los atletas, pues allá conside-

rababan todo estudio ó trabajo como completamente superfluo, y confiaban en la fuerza bruta como el único medio de alcanzarlo todo en el mundo. Mientras los liliputienses labraban la tierra según los últimos adelantos y obtenían por este medio de



El temible Tragabuches.

ella dos y aun tres cosechas de los frutos más exquisitos, los atletas apenas si se cuidaban de la tierra, estando encomendado su cultivo á las mujeres y á los niños, que, como seres débiles y sin instrucción, tenían necesariamente que hacerlo mal; así es que á pesar de las ventajas del suelo y del clima, una mala cosecha era todo lo que se obtenía al año. En tanto que los jóvenes liliputienses no tenían otro afán ni otra

mira que el estudio para llegar á ser sabios, los del país de los Atletas sólo se dedicaban á los ejercicios corporales, pues, como os he dicho antes, á la fuerza bruta confiaban todos sus éxitos en cualquier empresa. Reinaba á la sazón en el país de

los Atletas el temible Tragabuches, el cual reunía á su bravura indómita, una musculatura que envidiaban todos sus súbditos. Su carácter era en extremo violento y pendenciero, y reuníase á esto el ser envidioso de la fortuna de los demás.

En el país de Liliput reinaba por aquel entonces el famoso Tito, quien no sólo pasaba por ser el más sabio de todos los de su país, sino que ade-



Emprendió el camino de la capital.

más se desvelaba por hacer la felicidad de todos sus vasallos. Un día en que S. M. Tragabuches se levantó de peor humor que de ordinario, tuvo la ocurrencia de marchar al país vecino, donde con cualquier pretexto les declarararía la guerra, y vendiéndolos fácilmente, les impondría una fuerte

contribución, que vendría á animar algo las exhaustas arcas de su tesoro. Pronto halló el pretexto, y sin más acompañamiento que su fiel secretario, emprendió el camino de la capital de Liliput.

Sorprendido, aunque no muy agradablemente, quedó el rey Tito cuando le fué anunciada en su palacio la visita de Tragabuches; sin embargo, fiel á sus costumbres de hospitalidad y cortesía, dió órdenes para que fuese introducido en el gran salón de recepciones, con todo el ceremonial que su alta jerarquía reclamaba.

Pronto se vieron frente á frente los dos Monarcas, y una sonrisa de triunfo mal disimulada se dibujó en el rostro de Tragabuches al notar la pequeñez y debilidad de Tito, al que ya consideraba como su rival.

Verificados los saludos que marcaba la etiqueta el rey Tito se expresó así:

—Feliz me considero al tener el honor de recibir en mi palacio al insigne Tragabuches, y esta felicidad será aún mayor si, después de expresados sus deseos, me fuese dable satisfacerlos completa y rápidamente.

—Nada más fácil para ti, ni nada más justo que el objeto de mi petición. Amante como soy de la justicia, lo que vengo á reclamarte está fundado en mi indiscutible derecho.

ROBERTO GONSALES



*comedia*

Así se expresó Tragabuches.

EL CABALLO ARTIFICIAL.



Así se expresó Tragabuches, queriendo disimular con bellas palabras sus ambiciosos designios.

—Habla, pues—dijo Tito—y sepamos qué es ello.

—Has de saber—repuso Tragabuches—que, revolviendo antiguos cronicones, he llegado á averiguar que hace muchos años fueron robadas á mi abuelo por uno de tus antecesores las famosas botas de nueve leguas, que eran propiedad exclusiva de mi egregia familia; y fundado en este legítimo derecho, vengo á reclamarte su devolución.

El asombro más grande se pintó en el rostro de



Fueron entregadas las botas.

Tito al escuchar tal pretensión, pues las botas citadas habían sido recogidas como botín de guerra por uno de sus abuelos, y, como tal, se guardaban en el Museo Nacional. Inútil de todo punto fué que así se lo manifestara á Tragabuches, tratando de hacer ver lo injusto de su pretensión pues éste, montado en cólera, amenazó á Tito con

los horrores de una guerra si no se accedía inmediatamente á su exigencia. Entonces Tito, que conocía los grandes males y calamidades que á su

Adolfo R. ARAGONE

pueblo originaría una guerra con sus vecinos, cedió, dando sus órdenes para que le fueran entregadas las botas de nueve leguas.

Llamábanse así estas botas porque, con ellas puestas, cualquiera podía andar á razón de nueve leguas por hora.

Apenas le fueron devueltas, cuando Tragabuches, que se había envalentonado con tan fácil victoria, que atribuía al miedo que inspiraba á los liliputienses, habló de la siguiente manera:

—No creas, Tito, que al entregarme las botas has hecho todo lo que debías, y que yo ya me encuentro satisfecho. El carecer de tan preciosas prendas ha originado grandes pérdidas á mi reino en el número de años que han estado en tu poder, y estas pérdidas, concienzudamente evaluadas, ascienden nada menos que á mil millones, cuya cantidad espero me satisfagas antes de que transcurran tres días.

Tito se irritó bastante al escuchar tal pretensión, pero supo dominar su cólera y meditó, buscando el medio de rehuirla sin exponer por eso á su pueblo á las contingencias de la guerra. Pronto encontró el medio, y lo expuso á Tragabuches en los siguientes términos:

—En verdad, creo que las pérdidas experimentadas por tu reino con la carencia de las botas asciendan á esa cantidad; pero como nosotros esti-

mamos que su salida de nuestro territorio también nos causa enormes perjuicios, nos hallamos en un caso semejante. Para resolver este conflicto, no encuentro más que un medio, y este medio es que nosotros dos hagamos una apuesta, y el que salga vencido en ella será el que pague al otro los mil millones discutidos.

Esta proposición hizo buen efecto en el ánimo de Tragabuches, pues pronto reflexionó que en una apuesta entre ambos soberanos, fácil le sería á él obtener la victoria. Así es que aceptó, pero con la condición de ser él quien marcara los puntos de la apuesta.

Conforme con esto Tito, no tardó Tragabuches en decir:

—Pues bien; ya que á la suerte lo fías y que quieres medir tu poder con el mío, he aquí mis condiciones. Tú has de gritar más fuerte que yo; has de romper algo más resistente que lo que yo rompa; y, por último, has de correr más aprisa que yo. Si te conviene la apuesta me someto desde luego á las condiciones del pago, si yo perdiese.

Aceptadas por el rey Tito las condiciones, se acordó que al siguiente día se verificarían las pruebas.

Aquella noche, Tito, al encontrarse solo en su cámara, sintió miedo por las consecuencias de su desafío; pues si por acaso perdía, su pueblo se ve-

ría obligado á pagar una suma muy crecida, que casi le arruinaría. Entonces, y para fortalecer su ánimo, invocó á su amable hada, la Ciencia, á la que confió el cuidado de su salvación en aquel difícil trance.

Á la hora señalada del día siguiente, se presentaron los dos Reyes en el gran salón de palacio, el

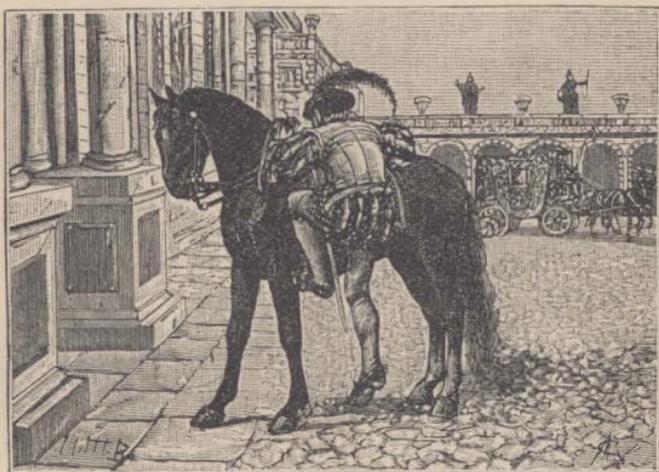


Al encontrarse sólo en la cámara.

cual, así como todas las habitaciones, estaba lleno de multitud de cortesanos, ansiosos de presenciar el desafío. En la gran plaza del palacio, una muchedumbre inmensa aguardaba también con impaciencia por conocer los resultados.

Dió principio la apuesta, siendo el primero Tragabuches. Acercóse á una ventana, y distinguiendo

desde allí una población que estaba á dos leguas, preguntó cuál era el nombre de su Gobernador. Se lo dijeron, y entonces, con grandes voces, ordenó desde allí al Gobernador que, tomando un ligero caballo, se presentara inmediatamente en palacio. Transcurridas las horas necesarias, se vió al Gobernador apearse á la puerta del palacio y



Tomando un ligero caballo.

presentarse ante S. M. Estaba, pues, probado que Tragabuches se había hecho oír á aquella gran distancia.

Entonces Tito preguntó á Tragabuches á qué distancia estaba su palacio; y como éste le contes-  
tara que á doscientas leguas, le dijo:

—Pues bien, voy á llamar á S. M. la Reina, tu

esposa, para decirle que me vaya contando los millones que me has de pagar.

Y diciendo esto, se acercó á un pequeño aparato en forma de pupitre que habia en la pared, y que no era otra cosa que un teléfono, y haciendo sonar un timbre y aplicándose las pequeñas bocinas á los oídos, se les vió sostener una conversación.



Las pequeñas bocinas á los oídos.

Tragabuches frunció el entrecejo y empezaba á encolerizarse, pues creía estar siendo objeto de una burla. Pero su asombro fué grande cuando, invitado por Tito, se acercó al oído uno de los auditores y percibió claramente la voz de su esposa, que decía estaba conforme y daba las órde-

nes al tesorero general. El despecho más profundo se apoderó de él al verse vencido en la primera prueba; mas no lo manifestó, esperando que saldría vencedor en las que aun faltaban.

Pasaron desde luego á la segunda, y Tragabuches se dirigió á la plaza de Palacio, en donde se levantaba un soberbio obelisco, el que derribó, hecho pedazos, de una sola puñada. No pareció sorprenderse por ello el rey Tito, y cuando estuvo otra vez en palacio, llevó á Tragabuches á una ventana, y mostrándole una montaña que alzaba su inmensa mole muy cerca de la ciudad, le dijo que iba á hacerla saltar en pedazos. No bien hubo dicho esto, y mientras una sonrisa de duda aparecía en el rostro de Tragabuches, llegóse Tito á una mesa, y apoyando un dedo sobre un pequeño botón, se oyó inmediatamente un formidable estruendo, viéndose volar, hecha trizas, la gran montaña.

Humillado y furioso Tragabuches, pretextó que se había lastimado el pecho al gritar, y que se había hecho daño en la mano al romper el obelisco, y pidió se aplazase para el día siguiente la última prueba: cosa que así se convino.

Ya repuesto y tranquilo, aunque con bastante desconfianza, apareció al día siguiente Tragabuches en el palacio llevando bajo el brazo las botas de nueve leguas, proponiendo al rey Tito que la

última prueba fuese ver quién llegaba antes á las orillas del Lago Azul, distante de la ciudad ciento ochenta leguas. Aceptada por éste la partida, pusiéronse en línea, y dada la señal, desapareció Tragabuches en el horizonte á los primeros pasos. Entonces Tito se dirigió á un túnel allí próximo,



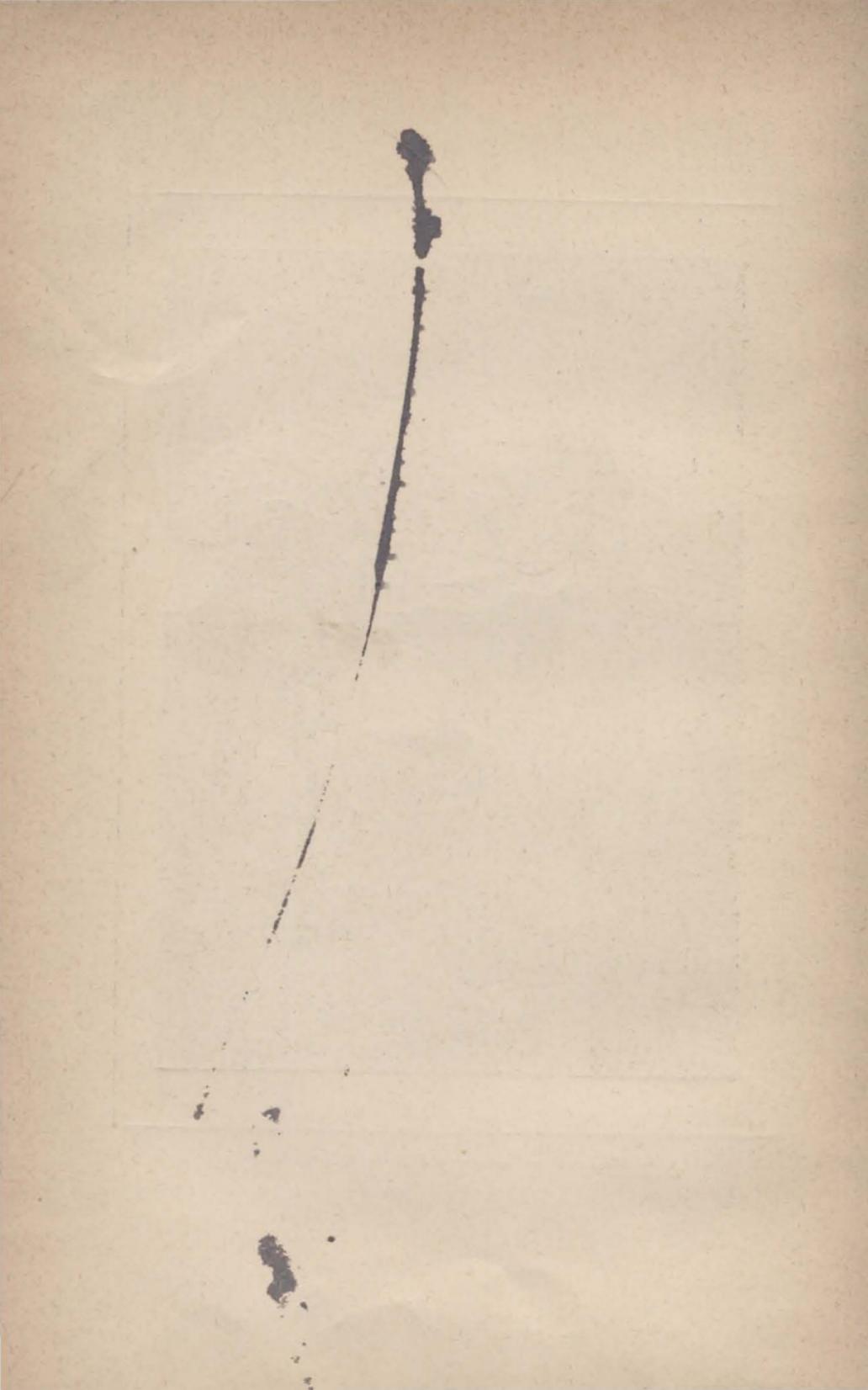
Llevando bajo el brazo las botas.

donde le aguardaba un vagón, en el que se introdujo. No habían transcurrido tres minutos cuando la puertecita del vagón voivió á abrirse, y se encontró en las orillas del Lago Azul, donde la buena hada de la Ciencia le ofrecía la mano para bajar.

—Aun tienes que esperar diez y seis minutos hasta que llegue Tragabuches, díjole ésta; ya ves



Aun tienes que esperar diez y seis minutos.



cómo te he cumplido mis promesas y cómo no hay tiempo mejor empleado que el que á mí se dedica. Yo he sido quien he tendido los hilos del teléfono que te ha permitido hablar con el palacio de tu rival; yo la que he cargado de dinamita los senos de la montaña para que ésta estallase, y la que he colocado bajo tu mano la chispa eléctrica que deter-



Tuvo tiempo Tito de fumar un cigarrillo.

minó la explosión; y yo, por último, la que he perforado este túnel, que te ha facilitado la llegada á este sitio siguiendo una línea recta y aprovechando la fuerza y la velocidad del aire comprimido. Ten siempre presente que, siguiendo por el camino emprendido del estudio y el trabajo, me tendrás en todas ocasiones pronta á acudir en tu auxilio.

Dicho esto, desapareció, sin dar tiempo á que el rey Tito le diese gracias con toda la efusión de su alma. Aun tuvo tiempo Tito de fumar un cigarri-  
llo antes de que llegase Tragabuches, el cual quedó sorprendido al encontrarle allí.

Juntos regresaron al palacio, en donde se despidieron, después de pagar Tragabuches los mil millones y de protestar de su ferviente adhesión hacia un hombre que manifestaba tan maravilloso poder, que había inutilizado su extraordinaria fuerza.

Desde entonces vivieron en paz los dos reinos, sin que por un momento se les ocurriera á los gigantes pensar en ir á molestar á sus vecinos los liputienses.

Este cuento demuestra á los niños que, aplicándose al estudio, vencerán siempre las mayores dificultades de la vida, y, como el rey Tito, serán dignos de las atenciones de sus semejantes.

---



## LOS ZAPATOS DE TAMBURÍ

---

Había en el Cairo un mercader llamado Abou-Tamburí, que era conocido por su avaricia. Aunque rico, iba pobremente vestido, y tan sucio, que parecía un mendigo; pero lo más característico de su traje eran unos enormes zapatones remendados por todos lados, y cuyas suelas estaban provistas de gruesos clavos.

Paseábase cierto día el mercader por el gran bazar de la ciudad, cuando se le acercaron dos comerciantes á proponerle: el uno, la compra de una partida de cristalería, y el otro, una de esencia de rosa. Este último era un perfumista que se encontraba en grande apuro; y Tamburí, aprovechándose de la ocasión, compró toda la partida por la tercera parte de su valor. Satisfecho con su compra, en lugar de pagar el alboroque, ó sea

un convite á los comerciantes que habían intervenido, como es costumbre en Oriente, creyó más oportuno ir á tomar un baño, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo, y de la que tenía gran necesidad para lavar su cuerpo y para lavar, hasta cierto punto, su conciencia; porque el Korán manda á los creyentes de Mahoma que se bañen frecuentemente en agua limpia.

Cuando se dirigía al baño un amigo que le acompañaba le dijo:

—Con los negocios que acabas de hacer tienes en lontananza una ganancia muy pingüe, pues has triplicado tu capital; así es que deberías comprarte un calzado nuevo, pues el que usas da margen á que todo el mundo se burle de ti.

—Ya lo había pensado yo; pero aún me pa-



... unos enormes zapatones...

rece que mis zapatos podrán tirar cuatro ó cinco meses más.

Llegó á la casa de baños, se despidió de su amigo, se desnudó y se metió en el agua.

El Cadí fué también á bañarse aquella mañana, en el mismo establecimiento, y como Tamburí saliera del baño antes que él, se dirigió á la pieza inmediata para vestirse. Pero con sorpresa vió que al lado de su ropa en lugar de sus antiguos zapatos había otros nuevos, que se apresuró á ponerse, creyendo que eran un regalo de alguno de sus amigos; y como ya al encontrarse con zapatos nuevos no tenía necesidad de comprar otros, salió muy satisfecho de la casa de baños.

Después de terminar su baño, el Cadí fué á vestirse; pero en vano sus esclavos buscaron su calzado: tan sólo encontraron los viejos y remendados de Tamburí.

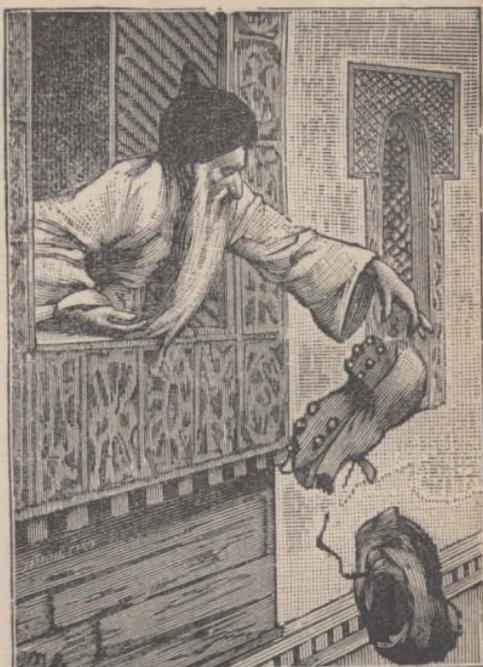
Furioso el Cadí, mandó un esclavo que fuera á cambiar el calzado y encerró en la cárcel al avaro Tamburí.

Este, al día siguiente, después de pagar la multa que le impuso el Cadí, fué dejado en libertad; y afligido por la doble contrariedad que había pasado, no bien llegó á su casa arrojó por la ventana al río los zapatos que habían sido causa de su prisión. Transcurridos algunos días,

unos pescadores que habían echado sus redes en el río cogieron entre las mallas de éstas los zapatos de Tamburí; pero los clavos de que estaba llena la suela destrozaron los hilos de las redes.

Indignados los pescadores, recurrieron al Juez para reclamar daños y perjuicios de quien había echado al río indebidamente aquellos zapatonos.

El Juez les dijo que en aquel asunto nada podía hacer: entonces los pescadores cogieron los zapatos, y viendo abierta la



... arrojó por la ventana...

ventana de la casa de Tamburí, los arrojaron dentro, con tan desgraciado acierto, que rompieron todos los frascos de esencia de rosa que el avaro había comprado hacía poco, y con cuya ganancia estaba loco de contento.

—¡Malditos zapatos!— exclamó.—¡No sé los

disgustos que ya me cuestan!—Y cogiéndolos, se dirigió al jardín de su casa y los enterró.

Unos vecinos que vieron al avaro remover la tierra del jardín y cavar en ella anhelosamente, dieron parte al Cadí, añadiendo que, sin duda, Tamburí habría descubierto un tesoro.

Le llamó el Cadí para exigirle la tercera parte que correspondía al Sultán, y costó mucho trabajo y dinero al pobre avaro librarse de las garras del Cadí.

Entonces cogió sus zapatos, salió fuera de la ciudad y los arrojó en un acueducto; pero con tal desgracia, que, flotando los zapatos, fueron á obstruir el conducto del agua con que se surtía la población de Suez.

Acudieron los fontaneros, y encontrando los zapatos, se los llevaron al Gobernador, el cual mandó reducir á prisión á su dueño y obligáronle á pagar una multa mucho más crecida aún que las dos anteriores; mas como el Gobernador quería ser considerado como hombre justo y desinteresado, entregó los zapatos á Tamburí, después que éste hubo sufrido la prisión y pagado la multa.

Así que se vió Tamburí otra vez en posesión de sus zapatos, resolvió destruirlos por medio del fuego; pero como estaban muy mojados, no logró su objeto en aquel momento, y para poder

quemarlos en otra ocasión los llevó á la azotea de su casa con el propósito de que los rayos del Sol los secasen.

El Destino, empero, no había agotado los disgustos que estaban proporcionándole los condenados zapatos; así es que cuando los dejó varios perros de la vecindad saltaron á la azotea por los tejados, y cogiendo los zapatos se pusieron á jugar con ellos.

Durante el juego uno de los peritos tió un zapato al aire con tal fuerza, que calló á la calle en el momento en que pasaba una mujer: el espanto, la violencia y la herida que le causó fueron tales, que quedó desmayada en la calle. Entonces el marido fué á quejarse nuevamente al Cadí, el cual dispuso que Tamburí pagase á aquella mujer una gruesa multa como indemnización de daños y perjuicios.

Ya esta vez, desesperado, se propuso quemar los infortunados zapatos, y los llevó á la azotea, donde se puso de vigilante para evitar que se los llevasen; pero en aquel momento fueron á llamarle para finalizar un negocio de cristalería, y la codicia le hizo abandonar su puesto.

No bien salió de la azotea, cuando un halcón que revoloteaba sobre la casa, creyendo que los zapatos eran buena presa, los cogió con las garras y se remontó en los aires.

Cansado ó asustado el halcón, desde cierta altura dejó caer los zapatos sobre la cúpula de la mezquita mayor: los pesados zapatonos hicieron

considerables destrozos en la cristalería de la cúpula.

Los sirvientes del templo acudieron al ruido: vieron con asombro que la causa de aquel destrozo eran los zapatos de Tamburí, y expusieron su queja al Gobernador.

Tamburí fué preso y llevado á presencia del Gobernador, el cual, enseñándole los zapatos por se-

gunda vez, le dijo en tono airado, amenazador:

—¿Es posible que no escarmientes nunca? Merecías ser empalado; pero tengo compasión de ti, y sólo te condeno á quince días de cárcel, á una multa para el tesoro del Sultán, y al



... y la herida que le causó...

pago del importe de los desperfectos que has causado en la cúpula de la mezquita.

Tamburí tuvo que cumplir su condena. Pasó quince días en la cárcel, pagó dos mil cequíes de multa para el tesoro del Sultán y ciento cincuenta por las reparaciones que hubo que hacer en el tejado; pero como las autoridades del Cairo no quieren quedarse con lo ajeno que sea inútil, mandaron á Tamburí los zapatos.

Después de meditarlo mucho y consultarlo, Tamburí pidió audiencia al Sultán, y éste se la concedió.

Hallábase el Sultán rodeado de todos los ca-díes de la ciudad, de los Ulemas y acompañado por el Gobernador en el Salón del Trono, cuando se presentó Tamburí, que prosternándose ante el Sultán le dijo:

—¡Soberano Señor de los creyentes: soy el hombre más infortunado del mundo! Una serie inconcebible de circunstancias fatales han venido á causar casi mi ruina y hacer que padeciera muchos días de prisión. Causa de todas mis desdichas son estos malditos zapatos, que no puedo destruir ni hacer desaparecer. Ruego á V. M. que me releve de responsabilidad en los sucesos á que este calzado pueda dar lugar directa ó indirectamente, puesto que yo declaro que desde hoy renuncio por completo á todos mis derechos

sobre él. No me quejo de las resoluciones del Cadí ni de las del Gobernador, porque han sido justas.

Y diciendo esto Tamburí colocó los dos zapatos en las gradas del Trono.

Enterado el Sultán de las aventuras, rió con todos sus cortesanos, y para satisfacer á Tamburí ordenó que en la plaza pública fueran quemados los zapatos.

El verdugo los impregnó de pez y resina y les prendió fuego, y desde aquel momento Tamburí quedó libre y tranquilo.

La avaricia es siempre un defecto muy grande, y ejemplo de esta verdad es lo que padeció Tamburí por no haber desechado en tiempo oportuno los zapatos viejos y por no haberse comprado unos nuevos, que no le hubieran ocasionado las multas y prisiones que sufrió y la pérdida total de su compra de esencia de rosas.

FIN





# ÍNDICE.

---

	<u>Página.</u>
El caballo artificial.....	9
El grano de cebada.....	55
Los pícaros y los tontos.....	91
El castillo de cartón.....	107
Enanos y gigantes.....	125

---

